

**S
S**

selecciones

SERVICIO SECRETO



LA ISLA DE LOS MUERTOS

a. rolcest

LA ISLA DE LOS MUERTOS

A. ROLCEST

LA ISLA DE LOS MUERTOS

Colección **SELECCIONES S. S.** n.º 47

Publicación semanal

Aparece los **LUNES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15595 - 1963

PRINTED IN SPAIN — IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO 1963

© FRANCISCO BRUGUERA - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3910/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

813. — El ataúd sellado.

En Colección BÚFALO:

509. — En deuda con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

667. — Tumba cerrada.

En Colección CALIFORNIA:

335. — La rebelión del tahúr.

En Colección TEXAS:

375. — El bosque del odio.

En Colección COLORADO:

271. — En la línea de tiro.

En Colección KANSAS:

270. — Zona de reptiles.

En Colección ASES DEL OESTE:

213. — Luchando cara a cara.

En Colección BRAVO OESTE:

126. — Cerco de cuchillos.



por A. ROLCEST

CAPÍTULO PRIMERO

La bellísima Sylvia Murphy entornó sus grandes ojos garzos, iluminados por el sol, y pareció encerrar en ellos todos los matices del mar. Apoyó sus brazos desnudos sobre la barandilla y su soberbia escultura, al inclinarse, quedó perfectamente revelada por el liviano vestido.

Parecía no darse cuenta de que, a pesar de lo que ocurría, ella seguía siendo el punto de atracción de cuantos había en cubierta. La mayor parte de los pasajeros iban con sus esposas e hijas, y esa era la barrera que les impedía acercársele. Pero Sylvia se sentía en todo momento asaeteada por las miradas codiciosas de ellos; por las envenenadas miradas de ellas...

Esto la divertía. Era quizá la única nota discordante en aquel pasaje de turistas adinerados y costumbres ordenadas. Una nota excesivamente fuerte e inquietante. Su belleza, realzada por el marco del cine e iluminada por toda una serie de matrimonios

relámpago, dejaba a su paso un estado de desasosiego e inseguridad.

El buque se había detenido en alta mar y un bote había sido arriado. Cuatro remos golpeaban acompasadamente el agua, con la proa enfilada hacia el sitio en que se veía una embarcación primitiva, en cuyo mástil, una gruesa caña de bambú, flameaba un trozo de tela.

La noticia había corrido a lo largo del buque, invadiendo los camarotes, y el pasaje, que desde Ceilán parecía sumido en la somnolencia del trópico, lanzóse a cubierta despierto, ilusionado, como presintiendo que aquel mero incidente iba a ser el impacto que deshiciese el hastío de la travesía, ya insoportable.

También Sylvia Murphy creía que lo imprevisto, lo que iba a dominar en lo que quedaba del viaje, estaba a punto de suceder e instalarse a bordo. Y algo se rebelaba, en lo hondo de ella. Estaba acostumbrada a permanecer en un primer plano único, con todos los locos encarados a su figura; con todos los oídos atentos a cualquiera de sus detonantes expresiones...

Inclinada sobre la borda, miraba de soslayo a su alrededor, donde los pasajeros habían dejado un discreto espacio. Oía las exclamaciones de unos y otros.

—Es una embarcación indígena.

—Tal vez náufragos que por fin se han decidido a dejar alguna solitaria isla...

—¡Oh! ¡Sería maravilloso! —palmoteó una muchacha—. ¡Unos náufragos procedentes de una isla solitaria!

—¡Qué tontería! —repuso un hombre de rostro abotargado y acento yanqui, que se hallaba al lado de la muchacha—. Hoy ya no existen esa clase de náufragos...

—¿Cómo que no, papá? Hace poco la prensa...

—Invenciones de los periodistas —rechazó él, levantando de pronto la voz, como si tuviera el propósito de que alguien situado lejos le oyera.

Sylvia escuchaba con indiferencia, y sonreía burlona. Por la voz reconocía qué pasajero era. El yanqui de rostro hinchado y ojos saltones, que le traía un recuerdo de la infancia, una aldaba de bronce que tenía forma de rana. Se había encontrado infinidad de veces con su mirada lacrimosa y furtiva. También con los ojos

pequeños y divertidamente hostiles de su mujer, una oronda señora de doble papada.

Ahora sabía que en tanto el yanqui rechazaba las ilusionadas frases de su hija, su viscosa mirada resbalaba sucesivas veces sobre Sylvia y en el interior de aquel cráneo redondo irrumpía todo un volcán de pensamientos desaforados.

Estaba segura de que él, que de manera tan rotunda negaba la existencia de los náufragos, se hallaba ahora imaginándose solo con Sylvia, en una de aquellas solitarias islas, tan explotadas por las novelas. Sintió tentaciones de volverse de repente y mirarle con descaro, para azorarlo con una carcajada, cuando le oyó decir por segunda vez, con voz intencionada:

—¡Sí! ¡Invenciones de los periodistas, que no tienen talento para otra cosa!

—¡Caramba, señor Owens! Usted siempre tan amable —dijo alguien que acababa de entrar en el corro—. Buenos días, señora Owens. Buenos días, Ruth.

—Buenos días, señor Rodgers —respondió la muchacha entusiasta de los náufragos.

La mamá, la señora de la doble papada, correspondió al saludo con una especie de mueca. Sylvia Murphy se volvía en aquel momento.

—¡Hola, Guy! ¿De dónde sales?

El recién llegado era un joven alto, de contextura fuerte, en cuya cara de facciones correctas, algo aniñadas, había un aire de burla que para muchos resultaba simpático, y para otros de intolerable cinismo.

Aparecía en mangas de camisa, despeinado y con los ojos un poco turbios.

—¿De dónde quieres que salga? Del mejor de los sueños... ¡Esto es un abuso, estorbar a estas horas! ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Buen periodista! —rio Sylvia—. En El Cairo también llegaste a punto cuando el atentado a la delegación británica...

—¡Maldito si aquello tenía interés! Trescientos reporteros para presenciar la agonía de un perro...

Se pasó una mano por la frente para echar hacia un lado un mechón de pelo y enseguida se repechó sobre la barandilla, al lado de la artista.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Piratas a la vista?

Miró distraídamente hacia el punto en que se veían los dos botes juntos. Dos de los marineros habían saltado a la rudimentaria embarcación y, tras permanecer unos momentos ocultos por el cobertizo de hojas de palma que techaba la mitad de la nave, por la parte de popa, apareció uno de ellos, saltando sobre la regala de proa de la otra embarcación. Irguiéndose cuan alto era y empezó a hacer señales con los brazos.

En la cubierta del buque, varias cabezas se volvieron para mirar al puente de mando. Allí vieron al capitán, con los prismáticos pegados a los ojos, rodeado de subalternos. En un extremo del puente, un señalero se puso a responder a los de la lancha.

Guy Rodgers leía los movimientos de los brazos del marino situado en el puente. Sylvia se dio cuenta de ello.

—¿Lo entiendes? ¿Qué dicen?

—Han preguntado si viven —respondió el periodista.

—¿Quienes?

—Supongo que los que pueda haber en el bote. ¿No le parece?

Rodgers chascó la lengua. El «whisky» consumido la pasada noche le estaba ahora presentando su cuenta. No había dormido lo que debía, y el desmadejamiento del cuerpo, así como aquel regusto a barro podrido y aquel dolor de cabeza, se iban a manifestar pronto en un deseo incontenible de molestar a alguien.

Dejó de mirar al puente para fijarse en los que le rodeaban. Los más cercanos, al darse cuenta de que entendía las señales, se habían apelotonado, encerrando en un estrecho círculo a él y a la artista.

Precisamente a quién tenía delante era a Owens.

—Comunican los de la lancha —dijo Guy— que han encontrado en el bote un horripilante monstruo marino, mitad pez, mitad persona. Temen traerlo, por si se horroriza el pasaje... Contestación del capitán: «No pasen cuidado. Tráiganlo. En el pasaje los hay peores».

Guy Rodgers se quedó mirando los ojos saltones y lacrimosos de Owens.

—El capitán creo que tiene razón —murmuró, con la mayor ingenuidad.

Sylvia Murphy, que una vez más se había acordado de la aldaba de bronce en forma de rana, prorrumpió en carcajadas.

El señor Owens sabía que la burla iba para él. Su rostro acusó una fuerte congestión. El lagrimeo de sus ojos saltones quedó seco de repente. Sus labios gruesos temblaron... Pero no llegó a pronunciar palabra. Diríase que de pronto había reparado en que su mujer, hecha una ballena, se prestaba aún más a la burla, y cogiéndola violentamente de un brazo, se escabulleron. Quedó solamente Ruth, su hija, quien no parecía haberse dado cuenta de nada.

—¿Qué dicen ahora, señor Rodgers? —preguntó con toda ingenuidad.

El periodista quedó desarmado. Miró con simpatía a la muchacha, luego al puente, y manifestó:

—El capitán ordena que remolquen el bote. Les da prisa... Naturalmente. Estamos perdiendo unos minutos preciosos de estas bonitas horas en las que no sabemos qué hacer.

Muy cerca de donde Guy estaba, la gente había ido apartándose de la baranda dejando sitio a los marineros para maniobrar preparando la escala de portalón. Inmediatamente, en la meseta alta se situó un oficial en tanto unos marineros se distribuían a lo largo de la escala.

Los cuatro remos hendían el agua acompasadamente, y con gran tesón, con prisa por llegar. Remolcaban el rudimentario bote. Tenía unos seis metros de eslora y estaba hecho de un tronco trabajado a la manera de ciertas tribus del continente malayo, empapándolo de agua y calentándolo sobre una hoguera; clavándolo maderos transversales, aplicándole espolones hechos de nervaduras de palmera yingan, entrecosiendo hojas de palmera tagua sobre el liviano andamiaje de cañas de bambú hendidas, para formar el toldo...

No cortaba bien el agua el remolque, y los remeros, agotados, tuvieron que relevarse con otros dos tripulantes. Los cuatro que iban en el moderno bote permanecían serios, con el rostro desencajado. Algunas veces daba la impresión que mirasen con rencor a aquella destartalada embarcación, que parecía empeñada en agotarles, actuando de freno.

Pero ya cuando se hallaron a muy pocos metros del buque, los que les observaban pudieron darse cuenta que lo que expresaban no era mal humor por la dura tarea, sino algo extraño, mezcla de terror

y fascinación, como si bajo aquel cobertizo se ocultase algo repelente y que al mismo tiempo ejerciese sobre ellos una atracción irresistible.

Desde la escala les tendieron un calabrote y las lanchas quedaron atracadas al costado del buque. Procuraron que la rudimentaria embarcación permaneciese lo más cerca posible de la defensa de la escala, pero el mar estaba algo movido, y cada vez que el podrido tronco chocaba contra algo, se producía un crujido amenazador.

A lo largo de la escala se estableció una cadena de marinos. En la meseta baja aguardaba el contraмаestre, un hombre robusto, de brazos velludos. No cesaba de dar apremiantes voces a los que, con evidente vacilación, miraban hacia el cobertizo.

Entraron dos, y al poco aparecían trayendo el cuerpo inerte de una mujer joven, casi una niña. En cubierta se produjo enseguida un rumor de expectación.

La muchacha aparecía casi desnuda, cubierta apenas por un pantalón de tela caqui cortado más arriba de las rodillas, y por una blusa sin mangas, desgarrada en un hombro, y tan empapada de agua, que la tenue tela permanecía adherida a la carne, moldeando su juvenil busto.

Nadie de los que miraban parecía esperar aquella aparición. En el primer momento, la presencia de aquella graciosa criatura chocó en muchos, que ya estaban preparados para algo trágico y hórrido.

Se oyó un respiro de alivio. Resultaba que se hallaban ante un suceso que respondía a los cánones de la novela de aventuras, con sus pinceladas románticas. Muchos que, como el matrimonio Owens, dudaban que la realidad produjera tales situaciones, miraban maravillados como los nervudos brazos del contraмаestre se hacían cargo de aquella delicada muñeca regalada por el mar, y con paso firme ascendía por la escala.

Colgaba la cabeza de la muchacha, con el halo castaño de su melena. Las finas piernas balanceábanse, mostrando unos pies desnudos y pequeños.

Pasada la primera impresión, un trazo dramático se sobrepuso a la gracia de su figura. La palidez del rostro; los miembros colgando exangües, las manchas de sangre que se advertían en su ropa...

Pero otro nuevo personaje fue sacado de debajo de la toldilla. Y

este sí que desde su aparición dejó en el ambiente el sentido trágico, horroroso, que en un principio todos presintieron.

Era un hombre de rostro enjuto y cabello gris. Mantenía los ojos entreabiertos, una mueca dolorosa en los labios blancos; las manos crispadas... Ambas piernas las tenía cortadas. Una, casi a la altura de la rodilla; otra, por la mitad.

Varias prendas de ropa estaban apelotonadas a ambos muñones, atadas con cuerdas, más la sangre había conseguido atravesar el improvisado tapón, formando dos bolas rojizas que contrastaban de manera impresionante con la palidez, ya casi verde, de la carne.

Reinó entonces el mayor silencio. Oíase solamente el chascar del agua contra los costados del buque y de las lanchas, y el acompasado gemir de la podrida embarcación.

El mutilado se hallaba ya en la cubierta del buque. Nadie de los que lo presenciaban se engañó pensando que aquel cuerpo se hallaba aún con vida. Desde su aparición por debajo del techo de palma todos supieron que se trataba de un muerto.

Un rumor sordo, gris, muy breve, como una ráfaga de viento que pasara sobre los espectadores, se encendió y desapareció, apenas asomaron las dos piernas amputadas:

—¡Han sido los tiburones!

Y cuando los que transportaban al hombre llegaron a la meseta de la escala, en cubierta se produjo un movimiento de retroceso.

Un movimiento extrañamente silencioso, como si más que los cuerpos fuesen los ánimos los que retrocedieran. Era el encogimiento instintivo, la percepción de que con aquel náufrago recibían la muerte a bordo.

Pero esta sensación iba a ser remachada con algo todavía más rotundo. Los marineros que se hallaban en la rudimentaria embarcación, iban trasladando a manos de sus compañeros cuantos objetos encontraban: una cartera de cuero, llena de papeles, convertidos ya casi en pasta, por la gran cantidad de agua que les había llegado; una pequeña cafetera exprés; una máquina de fotografiar... Y de pronto, los marineros se quedaron inmóviles, consultándose con la mirada.

El oficial, que se hallaba en el otro bote, dio una orden y enseguida apareció un tripulante trayendo una lona. La dio a los que se hallaban en la lancha de los náufragos y durante unos

momentos los que se hallaban arriba nada pudieron ver, preguntándose qué estarían recogiendo los marineros que se habían metido bajo el techo de palma.

Aparecieron al fin, trayendo algo que no pesaba mucho, pero que por el gesto se notaba que les infundía gran repugnancia. Tal vez esto fue lo que hizo inútil tanta precaución.

Parecía que trasladaran una caja cuadrada. Por lo menos la lona revelaba un rectángulo.

El bulto pasó a manos de los que se hallaban en la escala, y estos empezaron a subir, extendiendo exageradamente los brazos, como si temiesen que el objeto les contaminase.

Arriba, la sensación que la graciosa figura de la muchacha dejara, había sido borrada por la del cadáver mutilado. Mas parecía que ambas no tenían otro objeto que escalonar las emociones, preparando al pasaje para la sensación definitiva.

Todos presentían que lo esencial se hallaba en aquello que ocultaba la lona. Y cuando los dos marineros que lo transportaban llegaron a pisar cubierta, todos los ojos hincaron sus pupilas en la áspera tela, como si con ello fueran a desgarrarla o convertirla en algo transparente.

Y pareció que el deseo de todos trabó a los dos marineros. Acaso fue la prevención con que estos transportaban el objeto...

Pero apenas dieron unos pasos sobre cubierta, la carga se les fue de las manos.

Un grito de espanto escapóse de varias gargantas. Algo insólito empezó a rodar buscando los pies de los espectadores.

Varios cráneos humanos, que, al chocar con el suelo, derramaron charcos de arena...

Ahora, la sensación de todos ya no fue que voluntariamente, caritativamente la habían admitido a bordo. Sino que era ella, la Muerte, la que sintiéndose más fuerte, había procedido al abordaje.

CAPÍTULO II

Aquella noche muchos permanecieron desvelados en sus camarotes, aguzando el oído con una curiosidad morbosa. Cualquier ruido que acusasen los mamparos tomaba enseguida un fúnebre significado. Algunos llegaron a permanecer un buen rato con el rostro pegado al círculo del ventano abierto, aguantando los cuchillazos del viento y las salpicaduras del mar, en espera de oír, y quizá ver, el macabro choque del cadáver al ser lanzado al agua.

Pese a que la tripulación, tan pronto el buque reanudó la marcha, se esforzó por no dar señales de que algo anormal había ocurrido, el trágico encuentro pesaba sobre todos, y cuantos intentos hicieron para que el pasaje reanudara su vida normal, resultaron inútiles.

Durante aquel día, en la cubierta de paseo, en la de deportes, en el bar, todo eran corros comentando el suceso. A medida que transcurrían las horas, la situación se hacía más extraña. Por el hecho de hallarse en alta mar, la mayor parte de aquellos seres que en tierra eran capaces de resistir con serenidad toda clase de acontecimientos, parecían infantilizados, y sin disimulos mostraban su pánico, daban fe a las más desequilibradas versiones, acogían como posibles las más fantásticas conjeturas...

Al caer la noche, la tensión llegó al máximo. Las conversaciones tomaron un tono sordo, receloso y miraban en torno con la prevención de quien espera que al menor descuido, surja algo muy temido.

Aquella noche se acercaron al bar, además de los asiduos, gente que en lo que llevaban de travesía apenas si habían tomado un par de cocteles. Y unos y otros bebían con falta de espontaneidad, diríase que con el serio apresuramiento de quien se ciñe una armadura para intervenir en un combate que ya ha empezado.

A media noche, solo una pareja quedaba en el bar: Sylvia Murphy y el repórter de un gran diario londinense, Guy Rodgers.

La artista cinematográfica estaba en aquellos momentos más

fascinadora que nunca. Le brillaban los ojos con un esplendor inusitado. Sus mejillas estaban encendidas y sus labios, muy húmedos, se abrían a cada instante a la risa. Continuamente estaba echando el busto hacia atrás, haciendo rápidos movimientos de cabeza para que su ensortijada cabellera rubia se extendiese como un manto sobre su desnuda espalda.

La pareja se hallaba sentada en una de las más apartadas mesas del salón. Desde el mostrador, los dos «barmans» conversaban en voz baja y de vez en cuando miraban a la pareja con una atención mezcla de despecho y malicia.

Por fin, la artista y el repórter se pusieron de pie, dispuestos a marcharse. Pero a los pocos pasos ella vaciló, y Guy tuvo que cogerla de la cintura.

Los dos reían a carcajadas, y de esta forma salieron, después de dirigir un saludo campechano a los empleados. Eran tal vez Guy y Sylvia los dos únicos pasajeros que supieron reír aquella noche. Trazando complicados zigzags salieron a cubierta, pero soplaba un viento tan fuerte que al instante se retiraron.

Ante el camarote de la artista, Rodgers la soltó.

—Ahora. Sylvia, buenas noches. Y nada de pesadillas.

—No estoy muy segura —contestó ella, quedando súbitamente seria.

—¡Bah! Todo es cuestión de voluntad. Si tienes insomnio, dedícate a pensar las diabluras que le harás al nuevo marido que te espera en Macao...

—Eso es poco divertido —replicó la artista, cada vez más seria—. ¿Sabes que tengo miedo?

—¡Vaya una originalidad! —rió él.

—No me refiero a... eso, a lo que hay a bordo. Es a mí futuro marido. A medida que nos acercamos, aumenta mi intranquilidad. No sé. Como si algo desconocido me avisara de que estoy dando el paso más grave de mi vida...

El periodista soltó una carcajada:

—¡Pero Sylvia! ¿A estas alturas?

La forma con que Sylvia Murphy se casaba y se divorciaba había sido motivo de escándalo incluso en los círculos más desaprensivos de Hollywood.

—No sé... Nunca me ha ocurrido esto. Me temo que con Dag va

a ser todo distinto.

Dag Hebbe, de nacionalidad sueca, era una de las firmas más fuertes en la inquietante zona de los negocios de aquellos dos espolones hincados en un costado de Asia: Macao y Hong Kong.

—Pero tú ya lo conoces —objetó Guy, consciente de que decía una tontería.

—Me temo que el Dag que yo conocí en París no va a ser el mismo que ahora encontraré allá...

Rodgers consultó el reloj. Pareció enseguida tener prisa.

—No te preocupes. De aquí a que lleguemos tienes tiempo de pensarlo. Además, las mujeres en general, y tú en particular, conocéis mil maneras de tomar la retirada. Que descanses, Sylvia. Ya nos veremos mañana.

Ella pareció recelar algo.

—¿No vas a acostarte?

—No. Soy un murciélago...

Pero la artista le miraba fijamente, creyendo adivinar lo que el otro se proponía.

—¿Vas a investigar sobre... eso?

—¿Investigar? A husmear un poco, si me dejan.

—¿A estas horas?

—Son las mejores.

Por el corredor se oyeron pasos aproximándose.

—Retírate. Sylvia. Los que nos vean pueden suponer algo interesante para comunicárselo a Dag...

Las garzas pupilas de la artista experimentaron un cambio de luz. Parecieron buscar con afán el fondo de los ojos de Guy. Al tenderle él la mano en despedida, ella la retuvo unos momentos. Algo iba a manifestar, cuando él, con la mayor naturalidad, se soltó y dijo:

—Hasta mañana. Mejor dicho, hasta dentro de un rato.

Eché a andar apresuradamente. A los pocos pasos tropezó con alguien. Al ir a excusarse, le reconoció. Era Owens. Mantenía un gesto iracundo, la boca torcida, y los ojos secos.

—¡Hola! Buenas noches —saludó con una jovialidad exagerada.

No se preocupó en averiguar si el yanqui le contestaba. Salió enseguida a cubierta y una vez allí se encaminó hacia la parte en que estaban emplazados los departamentos de los oficiales.

Un marinero de guardia le cortó el paso.

—El capitán me espera —manifestó el periodista.

—Lo siento, señor. Pero el capitán está descansando.

—Entonces veré al primer oficial.

—Está de guardia.

—Mejor todavía. No se moleste en acompañarme. Sé el camino.

La decisión con que había hablado desvaneció los reparos que el marinero pensó oponerle. Momentos después se hallaba en el puente de mando, junto al oficial.

—Buenas noches, señor. Soy Guy Rodgers. ¿Le ha dado cuenta el capitán de una nota que le he enviado esta tarde?

El oficial, permaneció suspenso durante unos instantes, como si en el momento de aparecer el repórter su pensamiento se encontrase muy lejos.

—¿Una nota?... No comprendo...

Y enseguida, en tono más vivo:

—¡Ah, sí! ¿Usted es el periodista? El capitán ha recibido su nota... Algo extraña nos ha parecido.

—¿Extraña? —preguntó Guy—. ¿Acaso no estaba redactada en correcto inglés?

—Extraña la manera con que usted ha solicitado intervenir en este asunto.

—Obedece simplemente a una táctica muy mía —replicó el periodista, en el tono de la mayor despreocupación—. Si durante el día les hubiese importunado con mi proposición, presentándome personalmente, es seguro que ustedes no me hubieran escuchado. Todo el día están defendiéndose a la desesperada contra la curiosidad del pasaje. De ahí que le propusiera la entrevista de la forma que lo he hecho...

El oficial debió de percibir el aliento cargado de «whisky» de aquel noctámbulo pasajero, y adoptó una actitud precavida.

—Lo siento, señor. Estoy de servicio y no puedo atenderle. Le ruego que se retire.

Guy permaneció inmutable:

—Con eso ya contaba yo, señor oficial. Pero tenga usted en cuenta que yo también me hallo de servicio.

El marino emitió un gruñido significativo.

—A partir de medianoche son mis horas de trabajo —siguió el

periodista—. Mi profesión es escribir y detrás de mí hay unos cuantos millones de lectores pendientes de mis crónicas. En jornada extraordinaria, he permanecido a pleno día presenciando la serie de imperdonables torpezas que la tripulación de este barco ha cometido. Tres cuartas partes del pasaje se hallan enfermas. No sé si a alguien se le ocurrirá reclamar por haber visto turbada su alegría de turista. Yo, por lo menos, sí que pienso hacerlo. Y confío en que mi voz llegará a la alta dirección de la compañía naviera a que pertenecen ustedes.

A pesar del tono ligero con que se expresaba Rodgers, algo grave debían de encerrar sus palabras por cuanto el oficial, lejos de permanecer indiferente, pareció enseguida alarmarse.

—¿Qué es lo que a usted le ha llamado la atención? —preguntó, forzando un tono de indiferencia.

—Todo —contestó rápido el periodista—. El que los marineros parecieran estar jugando a los bolos con las calaveras, el que ustedes dejaran que se hundiera la lancha en que iban los náufragos...

—Fue imposible salvarla.

—En el nerviosismo en que se hallaban ustedes, sí. Han sustraído a la investigación judicial una de las más importantes pruebas. En el supuesto de que la muchacha perezca, todo quedará sumido en el mayor silencio. Porque no creo que esos papeles mojados puedan decir mucho...

El oficial creyó ver la jugada, y rio:

—No espere de mí que le confíe nada.

—Hará usted mal —replicó Cuy, con la mayor naturalidad—. Mi instinto me avisa que aquí hay algo grave, y mi instinto nunca se equivoca. Durante estas últimas horas he estado pensando sobre ello, y he llegado a la convicción de que podríamos ayudarnos mutuamente. Mi máquina fotográfica ha estado funcionando durante el tiempo que ustedes procedían al traslado de los náufragos. ¡Fotos curiosas! Especialmente las que se refieren al momento en que las calaveras rociaban a los pies de los pasajeros, y estos retrocedían horrorizados. También he sacado unas cuantas fotos del bote indígena. ¿Podrán ustedes designar a qué tipo exacto pertenece?

Dejó una pequeña pausa y prosiguió, de una forma que parecía

estar pensando en alta voz:

—No sé si por desgracia, yo puedo decirle a qué grupo indígena pertenece ese bote. Más aún: creo que sin miedo a equivocarme puedo decir a qué tribu pertenecen esos cráneos, y el lugar de donde han sido sacados.

Ahora sí que había sorna en la voz del oficial al preguntar:

—¿De veras?

—Durante la guerra tuve oportunidad de divertirme en la costa malaya. Substituí entonces la pluma por la metralleta. Una tontería, porque ya nadie se acuerda de eso...

En aquel momento, por el tubo de comunicación se oyó una llamada del capitán.

»—Puente —carraspeó el aparato.

—Puente, señor —se apresuró a contestar el oficial.

»—Oiga, Wymore: Dígale al señor Rodgers que todavía hay quien se acuerda del capitán «Tuan Rock»¹.

El oficial pareció haber oído un despropósito, o quizá el desconcierto que le había producido aquella inesperada llamada no le permitió entender.

—¿Cómo, señor?

Pero ya el periodista acercaba su cara al aparato:

—¡Gracias, capitán! En ningún momento he creído que usted no me reconocía.

Por el tubo acústico soñó una breve risa.

»—En mi camarote le espera una taza de café, Rodgers...

—¡Aceptado, capitán!

»—Oiga, Wymore: Que le substituya Stevens y venga usted también.

—Enseguida, señor —respondió el oficial.

Inmediatamente dio orden a un subalterno para que fuera a llamar al oficial Stevens. El tiempo que este tardó en llegar lo empleó el primer oficial en hacer unas anotaciones en el cuaderno de bitácora.

Efectuado el relevo, el periodista y Wymore se dirigieron al camarote del capitán. Apenas llegar, se dieron cuenta de que ni por un momento se había acostado. Sobre la mesa de trabajo se veía un montón de objetos, sacados de la trágica lancha. Algunas tazas de café se alineaban a un extremo de la mesa y el cenicero estaba

atestado de cigarrillos a medio consumir.

El capitán era un hombre de mediana estatura, de rostro risueño, y que parecía mucho más joven de lo que en realidad era.

Al quedar frente al periodista, permaneció unos momentos mirándole con fijeza, mordiéndose fuertemente los labios, como si quisiera evitar una carcajada.

—Y bien, Rodgers: Estaba ya decidido que no tendríamos más remedio que «reconocernos» —dijo el marino, tendiéndole la mano.

—Desde el primer momento me pareció que usted me soslayaba —manifestó, con su característica franqueza, Rodgers.

El capitán tampoco disimuló:

—Cierto. Y es que he de confesarle que le tomé miedo... Ha cambiado usted poco, «Tuan Rock». En El Cairo estuvo usted a punto de promover una revuelta con sus originales manifestaciones sobre el Canal de Suez. Y en un café de Colombo, provocó usted un escándalo mayúsculo. Por otra parte, desde que usted subió a bordo están llegando hasta mí quejas más o menos disimuladas, de sus compañeros de viaje. Aquí el oficial, sabe que eso es cierto. No hemos prestado mucha atención porque sabemos qué clase de molestias produce usted: una ironía más o menos inofensiva, y el permanecer despierto a las horas en que todo el pasaje duerme... Achaque a todo esto lo que yo no haya querido «reconocerle». Con ello he creído beneficiarle...

—Comprendo —dijo Guy, quedando por unos momentos con el gesto del niño hallado en falta.

Hacía calor en aquel camarote. El capitán se encontraba en mangas de camisa.

—Pónganse cómodos —indicó, refiriéndose más bien al oficial, pues el periodista, antes de que dijeran nada, ya había empezado a quitarse la chaqueta—. Siéntense. Lo que vamos a tratar nos va a ocupar mucho tiempo...

En tanto decía esto llenaba tres tazas de café.

—Desde que supe que había dejado usted el Ejército para dedicarse al periodismo... —siguió el marino.

Pero Guy interrumpió enseguida:

—El periodismo era mi profesión antes de la guerra. En cuanto a que yo me separé del Ejército... Tal como yo entiendo las cosas, la realidad es que me echaron.

—No tiene nada de extraño —sonrió el marino—. Una temporada como el de «Tuan Rock», era insustituible en aquellos sigilosos desembarcos en la costa malaya, al mando de un grupo de hombres decididos. Desde que supe que se dedicaba a escribir, he estado abrigando la esperanza de que nos apareciera con un libro en el que relatará sus aventuras. Hasta me parecía ver el título «Tuan Rock en la jungla». ¿Lo ha escrito ya?

—No... No tengo tiempo. Tampoco creo que valga la pena.

—No pensaba usted lo mismo la última vez qué actuamos juntos.

La última vez que el marino y Rodgers operaron juntos, fue en un submarino mandado por el primero y en el que Rodgers —entonces capitán «Tuan Rock»— y los escasos hombres que le quedaban en el grupo, consiguieron reembarcar con el tiempo justo para que el submarino sumergiera y escapara de toda una avalancha de cargas de profundidad, con que durante más de una hora estuvieron acosándoles los japoneses. En uno de aquellos angustiosos silencios, fue cuando Rodgers exclamó: ¡Que libro voy a escribir, si salimos de esta!»

—No habrá libro... por ahora —terminó Guy.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que le lleva a Extremo Oriente?

—Turismo puro.

El capitán rompió a reír.

—No sé... No puedo acostumbrarme a verlo sin la metralleta en las manos.

—Tengo el propósito de que nadie me vuelva a ver nunca con ella. Ahora me limito a ver lo que hacen los demás.

Quedaron callados, dedicándose cada cual a su correspondiente taza de café.

Después de tomar un sorbo, el capitán dejó la laza, abrió un cajón y sacó un papel.

—Esta es su nota —dijo. Y tras permanecer unos momentos mirándola, haciendo aparecer a su rostro una expresión tanto preocupada como divertida, añadió—: Dice usted que esos cráneos pueden hablar...

—Desde luego. A mí por lo menos me han hablado ya —respondió Guy, rápido.

Pareció enseguida arrepentirse de lo que acababa de decir. Los

dos marinos se dieron cuenta.

—¿Qué le han hablado? —preguntó el capitán.

—Los he iniciado unos momentos en mis manos.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Aproveché un descuido para meterme en la bodega.

No había tal descuido, sino la condescendencia de uno de los marineros, tan aficionado como Guy al «whisky».

El capitán dirigió una mirada severa al oficial. El periodista se apresuró a añadir.

—Le advierto que me ha sido muy difícil filtrarme.

El marino rezongó algo ininteligible.

—Bueno, Rodgers, en serio. ¿Qué es lo que usted nos puede decir?

—Que creo poder afirmar de dónde proceden esos cráneos, así como ese bote que de forma tal lamentable se ha tragado el mar.

—Estaba podrido. ¿Cree usted que podría contener algo de interés?

—Indudablemente. Cuando fue atracado al buque, el bote se hallaba medio inundado. ¿No consideran posible que algo se haya escapado, oculto por el agua? Sus marineros estaban entonces muy nerviosos... ¿Qué ha sido del hombre mutilado? ¿Ya...?

Hizo un gesto significativo, preguntando si aquellos restos habían sido arrojados al mar.

—Hace una hora —respondió el capitán.

—¿Y la muchacha? ¿Hay esperanzas de salvarla?

—Cuando usted apareció en el puente, estaba aquí el médico. Parece que algo más que la inanición ha perjudicado a esa criatura. No es para menos. Sin duda tuvo que hacer frente a momentos de máximo horror. De todas formas, es prematuro juzgar...

Pero la posibilidad de que aquella muchacha mantuviese estancadas sus facultades mentales, quedo dotando en el pesado ambiente, como una amenaza. Faltaban aún unos días para llegar a Macao. Antes harían escala en Singapur. Si para entonces la enferma no se había recuperado, el asunto sería engullido por toda una serie de formulismos de las autoridades de tierra, y Guy Rodgers vería como se le iba de las manos una de las mejores oportunidades de su vida de corresponsal.

—¡Sería una lástima! —exclamó, dejándose llevar de sus ideas.

Se quedó mirando los objetos que había sobre la mesa. Los papeles, ahora secos, pegados unos con otros, pareciendo fragmentos de valles y cordilleras de un mapa en relieve. La máquina fotográfica, destripada...

—¿Nada que valga la pena? —preguntó.

—Nada —respondió el capitán.

Guy Rodgers se removió en su asiento. Él, sin embargo, sí que había encontrado algo importante. Pero no aquí, sino en la bodega, junto con los cráneos.

—¿Creen ustedes que han sido los tiburones los que han mutilado a ese hombre? —preguntó el repórter, pensativo.

—Así lo considera el médico.

—Y, sin embargo, conozco muy bien esa clase de botes y es muy difícil que vuelquen. Hay que suponer que el hombre sufrió el accidente por algo ajeno a un fallo del bote. Quizá cuando se hicieron a la mar ya estaba el hombre herido. De todas formas, es imposible que esa muchacha sola pudiese atender al herido, y al mismo tiempo controlar la embarcación. Acaso en un principio no fuesen ellos dos los únicos tripulantes...

—Eso mismo pensamos nosotros —manifestó el marino.

Y tras un breve silencio, en el que los vivos ojos del capitán estuvieron escrutando el rostro de su antiguo compañero de guerra, le instó:

—Y bien, Rodgers: Díganos cuanto guarda en sus bolsillos de doble fondo...

—¿Ha oído usted hablar de los «mokes»? —preguntó el ex capitán «Tuan Rock».

—¿Los «mokes»?... Si no recuerdo mal, restos de una antiquísima raza, que suele, o solía moverse por el archipiélago de Mergui...

Poco a poco el rostro del capitán fue animándose:

—¡Sí! Recuerdo perfectamente. ¡Los «mokes»! Creo que también se llaman los «nómadas del mar»...

—El vocablo «moke» tiene para ellos el significado, de «sumergidos en el agua» —aclaró Guy.

—Gente ingobernable, ¿no? Creo recordar lo que me decía un funcionario compatriota nuestro, en Birmania, acerca de los «mokes»...

—Que eran sucios, que consumían enormes cantidades de opio... —insinuó Rodgers.

—Sí, sí. Pero algo más... Que eran ingobernables, que no había manera de hacerles comprender conceptos como «autoridades administrativas», «valor del dinero». Según me refirió, ese grupo indígena, relativamente reducido, hizo fracasar a la administración británica. No hubo más remedio que desistir. Viven en las barcas, y desaparecen tan pronto divisan en la lejanía una nave del gobierno. Pero parece que está muy diezmado ese pueblo. ¿Existe todavía, Rodgers? Tengo entendido que el cólera se había ensañado con ellos...

—Quedan aún, pese a que los birmanos desean su exterminio —contestó Guy—. Son, en realidad, gente incontrolable. Están muy escarmentados por sucesivos invasores, que los han utilizado como esclavos. Ahora desconfían de todos. Viven en grupos de embarcaciones, con las que se trasladan de una isla a otra, siempre escurriéndose del extraño. En guerra me vi obligado a permanecer una larga temporada en una de aquellas islas. Faltaba poco para empezar las lluvias, y los «mokes» procedían entonces a construir sus livianas chozas en las bahías resguardadas, con que hacer frente al periodo del monzón. Es entonces la única oportunidad en que se puedo tener trato con ellos. Un trato bien difícil. Nunca llegan a entregarse a uno. Yo tuve ocasión de ayudarles librándoles de un grupo de soldados japoneses que el azar había lanzado a aquella isla. Pues así y todo, nunca conseguí su confianza.

Rodgers se interrumpió para coger la taza y sorber ti café que quedaba, ya frío.

—Los «mokes» creen que la muerte es producida por malos espíritus que se introducen en el cuerpo por medio de las heridas —prosiguió Guy—. El alma del muerto tiene su ruta señalada hacia Oriente. En tanto efectúa este trayecto, los malos espíritus siguen aferrados al cuerpo del difunto. Es por ello por lo que el muerto no inspira ningún temor a los «mokes», sino los espíritus que residen en él. Así, soslayan en todo lo posible los islotes solitarios donde dejan los muertos, metidos en un haz de cañas de bambú.

Rodgers alargó un brazo para coger el cigarrillo que el capitán le ofrecía. Lo encendió y, tras lanzar un par de bocanadas, prosiguió:

—Conservo un recuerdo amargo de uno de estos islotes.

¿Recuerda, capitán, a un muchacho pecoso, un escocés delgaducho, que siempre estaba riendo?

—Sí, Rodgers —exclamó el marino—. ¡Lo recuerdo perfectamente! Hasta creo poder precisar que era uno de los hombres que le acompañaban en que usted más confiaba...

—Sí... ¡El buen Dan Welles!... Nuestro sampán fue sorprendido por unos cazas nipones. Nos ametrallaron a placer. Conseguimos atracar en uno de estos islotes, y allí, junto con los esqueletos de los «mokes» quedaron tres de los cinco que íbamos en el grupo. Uno de ellos fue Dan...

Dejó un silencio. El rostro de Rodgers manifestó claramente hallarse sumido en tristes recuerdos. Pero este estado de ánimo no podía durar. Enseguida vino la reacción.

—Esos sitios suelen ser visitados por antropólogos —siguió Guy, ya en tono vivo—. Tal vez el difunto que acaban ustedes de lanzar al mar, era uno de estos hombres de ciencia. A ello achaco la carga de cráneos que llevaba en el bote. ¿Imaginan ustedes las confusiones que el cráneo de Dan y de los otros dos compañeros pueden producir un día, si van a parar a manos de alguno de estos investigadores?

Guy se puso el cigarrillo en los labios y quedóse mirando al techo. Se advertía que sus pensamientos se hallaban entregados al pasado, pero ahora debían de ser pensamientos risueños, porque hasta sus ojos sonreían.

—El caso es que, en aquel islote pasamos unas horas muy difíciles, viendo agonizar a nuestros compañeros, y sin poder hacer nada por ellos. ¿Creen ustedes que nos desesperamos? Nada de eso... No sé de dónde el ser humano saca tanta resistencia. Me acuerdo que pasamos aquellas horas bromeando, tanto los que morían como los que quedábamos en una vida más que problemática. Y nos referíamos a los esqueletos de los «mokes» que veíamos cerca de nosotros, encerrados en los haces de caña. Fue Dan quien propuso que lo dejáramos igual que a los «mokes», y a ninguno nos pareció la idea inoportuna. «Gastaremos una broma a la ciencia», apuntó Dan. Sí. La idea nos pareció excelente: la posibilidad de burlarnos de los futuros investigadores nos consoló un poco... ¿Qué quieren ustedes? Ninguno de los que quedábamos en el islote abrigábamos esperanzas de escapar...

En ese momento llamaron en la puerta del camarote.

—¡Pase! —autorizó el capitán.

Apareció un hombre de rostro simpático, y cabellos blancos.

—¿Qué hay, doctor?

—¡Buenas noticias!

—¿Ha vuelto en sí la muchacha? —preguntó, antes que nadie, Rodgers.

—Se está consiguiendo...

—¿Y en cuanto a sus facultades mentales? —inquirió de nuevo el repórter.

—Es prematuro hablar de ello, pero abrigo la esperanza...

Se interrumpió de pronto, mirando con nueva atención a Rodgers, como si de repente reparara en él. Enseguida se dirigió al capitán, interrogándole con la mirada. Este sonrió.

—Es el periodista de que le hablé antes...

—¡Ah, ya! ¿«Tuan Rock»?

—No —contestó el aludido—. Guy Rodgers, periodista. El otro ya no existe.



Quedó esperando a que saliera aquel hombre

El doctor, sonriendo, le tendió una mano, por instantes parecía más contento.

—Si esa muchacha se encuentra pronto en condiciones de poder discernir, las ventajas van a ser incalculables —empezó Rodgers—. En mi visita a la bodega he hallado entre los cráneos el fragmento de un «lobong»...

Se dio cuenta de que ninguno le entendía y aclaró:

—Son unos postes que los «mokes» colocan en sus templos votivos. En plena jungla se suelen encontrar esta clase de maderos, tallados y pintados todos de la misma forma, obedeciendo a un modelo tradicional. Pero el fragmento que guardan ustedes abajo tiene algo que los «mokes» no suelen hacer: se abre presionando determinadas ranuras, como ocurre con las ingeniosas cajitas chinas.

—¿Cómo lo ha descubierto usted? —preguntó el capitán.

—En realidad, se ha descubierto por sí solo. Tal vez uno de tantos golpes... El nerviosismo de sus marineros impidió que ellos lo vieran antes.

—¿Y contenía algo? —inquirió el médico, verdaderamente intrigado.

—Debía contenerlo. Existen huellas muy características. Ya las analizará usted. O yo me equivoco mucho, o esa disimulada caja ha contenido una gran cantidad de opio...

Se hizo un silencio. Y fue el doctor quien lo rompió al decir:

—Me temo que no se equivoca usted...

—Ni creo que nosotros tampoco —intervino el capitán— cuando al oír a Rodgers declarar que «Tuan Rock» ya no existe, pensamos lo contrario. ¿No quedamos en que su jornada de trabajo como periodista era a partir de la medianoche?

—Salvo que determinadas circunstancias aconsejen lo contrario —repuso con sencillez Guy.

—Ya. Cuando recibí su nota me resistí a acceder a su entrevista precisamente porque con todo el día de tiempo, y con las cartas en las manos, no habíamos conseguido nada en concreto. Y yo presentía que con usted no iba a ocurrir lo mismo. ¡Vaya! ¿No ha hecho usted más que dar una procedencia a esos cráneos y encontrar la disimulada cavidad en un trozo de poste, con huellas tan significativas que...? La verdad. Rodgers: ¿Sabe que su

imaginación resulta tan inquietante como los impulsos que le llevaron a promover escándalos en El Cairo y Colombo? Estoy convencido de que su imaginación ya hace horas que se ha lanzado desbocada en busca de quién sabe qué extraña meta. A un hecho como el de hoy, todos nos sentíamos inclinados a darlo un significado corriente.

—No tan corriente —replicó Guy, riendo—. Sus marineros no parecían estar muy acostumbrados a recoger náufragos de este tipo.

Todos rieron, al recordar el momento en que los cráneos rodaron sobre cubierta.

—De todos modos, ninguno de nosotros ha ido más allá de suponer que se tratase de un inofensivo explorador, en quien se hubiese cebado la adversidad. Usted, no. Usted es seguro que se halla muy lejos del hecho concreto que tenemos ante los ojos. ¿Puede adelantarnos hacia qué punto galopan sus ideas?

Guy soltó la carcajada:

—No lo sé, capitán... De todas formas, me contendría de manifestar cualquiera de mis arriesgadas conjeturas, ahora que el doctor se siente tan optimista con respecto a esa muchacha. ¿Por qué no esperar? Y estoy dispuesto a predicar con el ejemplo. Si ustedes no me necesitan para nada, voy a cometer la excepción de acostarme muchos antes de que se haga de día ahora mismo. En realidad, me siento un poco cansado; ¿Ustedes no?

—Considero su propuesta bien aceptable —manifestó el doctor, induciendo con la mirada al capitán que también accediera—. Todos estamos cansados.

El capitán era quien más lo parecía, a pesar de los esfuerzos que hacía por ocultarlo. El marino miró en estos momentos la profusión de objetos esparcido sobre la mesa, con los que había pasado tanto tiempo de observación infructuosa.

—Sí. Vamos a descansar.

—Antes de separarnos —dijo Guy— prométanme solemnemente que ocurra lo que ocurra en las horas, que se avecinan, no intentarán dejarme al margen.

—¿Para qué íbamos a intentarlo? —replicó riendo el capitán—. De ningún modo lo conseguiríamos, «Tuan Rock».

Todos prorrumpieron en risas. Se despidieron. El oficial quedóse unos momentos con su superior, para tratar rosas del servicio. El

doctor y el repórter salieron juntos.

—Ha dicho el capitán que sabe usted la procedencia de esos cráneos —empezó el médico, así que salieron del camarote.

—Se trata de una simple suposición, doctor.

—¿En qué la funda?

Guy aludió de nuevo a los «mokes». Apenas nombrarlos vio que el médico daba un sallo.

—¿Qué es lo que sabe usted de ellos?

Al responderle Guy que había convivido con esos desconfiados y huidizos seres, el médico vibró de entusiasmo:

—¡Eso es soberbio! Me ha interesado siempre saber de esa marcha a la deriva de los restos de antiquísimas razas. Yo equivoqué la carrera, mi querido amigo. Nací para explorador.

—¿A pesar de los tiburones?

—Cualquier cosa es preferible a la rutina de estos viajes.

Como sin darse cuenta, ambos llegaron al camarote del periodista. Entonces, una vez la puerta abierta, Rodgers encontró muy natural invitar al médico a que pasara. Y este pareció no estar deseando otra cosa.

Total: por el ventano entraba ya luz del amanecer cuando dejaron de hablar de primitivos grupos raciales.

—Es hora de retirarme. Voy antes a acercarme un momento a ver a la paciente.

Rodgers no quiso perder la oportunidad:

—Le acompaño...

Así fue como Guy Rodgers pudo ver por segunda vez, en el espacio de muy pocas horas, el fascinador rostro de aquella muchacha, La imagen que conservaba de ella, quedó instantáneamente borrada por la nueva visión.

En el momento de entrar, la enferma dormía. Una enfermera, vigilaba su sueño.

—¿Algo nuevo? —preguntó en voz baja el módico.

—Nada, doctor.

El médico le tomó el pulso. Guy se situó a los pies de la litera y no apartaba la mirada de aquella cara de rasgos delicados, arrebatadoramente bellos. Destacaban fuertes en su pálido rostro las dos líneas oscuras de sus pestañas, subrayando el sueño. Su cabello, de color castaño, brillaba mojado de sudor sobre la blanca

almohada...

¿Quién era aquella preciosa muchacha? Cuando abriera los ojos, cuando todos sus sentidos empezasen a actuar de cara a la luz, ¿qué vida aparecería detrás de ella?

Y de pronto, sin saber por qué, instintivamente, Guy lamento para sus adentros haber revelado la hábil cavidad en el fragmento del «lobong».

—¿Nos vamos? —le preguntó el doctor, tocándolo en un brazo.

Ya en el pasillo, el médico manifestó:

—Esto marcha muy bien.

Pero Guy apenas le oyó. Se hallaba entonces preocupado en averiguar en qué fundaba su temor por haber hablado. Se tranquilizó pensando en que solo había sido por instinto. Para nada quiso acordarse de que siempre había considerado como algo infalible, las advertencias del instinto.

Cuando entró en su camarote ya solo tenía en cuenta que, como era de rigor, se acostaba al romper el día.

CAPÍTULO III

Sonaron unos golpecitos en la puerta del camarote. Guy despertó de manera violenta, alarmado, como si en vez de unos leves sonidos fuese un acorazado el que acabase de soltar una andanada.

Quedó sentado en la litera, mirando espantado a su alrededor. En esta posición, su cabeza fue alcanzada por la columna de rabioso sol que entraba por el ventano.

Volvieron a sonar los golpecitos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, con voz que denotaba no haber salido aún del sueño.

—¡Soy yo, Rodgers! ¿Puedo verle?

Fue ahora, al reconocer la voz, cuando despertó del todo.

—¡Espere un momento, doctor!

Saltó de la litera, se enfundó rápidamente la chaquetilla del pijama y abrió la puerta.

—Perdone, Rodgers: Sentiría mucho haber perturbado su jornada de sueño —dijo el médico, conteniendo a duras penas la risa.

Guy se frotó con ambas manos la cabeza, dejando aún en mayor desorden sus cabellos rubios.

—Alguna novedad, desde luego. ¿Desagradable?...

Y se quedó mirando al médico con verdadera inquietud.

—¡Oh, no! Nada de eso. Vengo a notificarle que la enferma ha hablado.

El repórter dio un salto y pareció dispuesto a lanzarse al pasillo en pijama.

—¿Es cierto? ¿Cuándo ha empezado a hablar?

—En realidad, hace muchas horas. Según dice la enfermera, al poco de marcharnos nosotros la muchacha despertó. ¡Algo sorprendente, Rodgers! Nada de cuanto le rodeaba pareció impresionarla. Con magnífica serenidad hizo unas cuantas preguntas. Una, sobre todo, desconcertó a la enfermera: «¿Y mi padre? ¿Ha sido debidamente sepultado?»

El médico dejó un silencio. Rodgers, como no dándose cuenta de lo que hacía, se acercó a la silla en que tenía tirado el traje, y lo dejó sobre la litera. De pronto, quedóse mirando al médico.

—¡Sí, vístase! —le autorizó este, volviéndole la espalda y encendiendo un cigarrillo—. El capitán ha tenido un rato de conversación con esa joven y me ha encargado que le felicite. Ha acertado usted en todas sus conjeturas. ¿Sabe quién es el padre de esa muchacha? ¡Nada menos que el profesor Wahlner, un antropólogo, de primera fila! Yo me siento abrumado, Rodgers, se lo confieso.

—¿Por qué?

—¡Ah! No sé... Tal vez por la impotencia en que me he visto de hacer nada por ese admirado hombre.

—Le cabe el consuelo de que está ayudando a su hija —replicó Guy, ya dentro del reducido lavabo y en tanto se echaba unos manotazos de agua a la cara—. ¿Ha dicho qué les sucedió?

—A grandes rasgos. Me he opuesto a que hablara mucho. Desde luego, nos ha dado a entender que el profesor sufrió un trágico percance antes de dejar la pequeña isla en que estaban investigando. No eran ellos dos solos en la isla. Habían llegado a ella en una goleta contratada en una pequeña ciudad costera del Golfo de Bengala. Un velero motorizado, con unos seis tripulantes, la mayoría birmanos. Parece que al sufrir el accidente el profesor, decidieron partir. El bote con que llegaron a nosotros era una embarcación desechada por los «mokes», por vieja, y que el profesor había decidido llevarse a remolque...

En este momento. Guy, medio peinado, se enfilaba la americana. El médico habíase vuelto cara a él, en actitud pensativa.

—Ahora es cuando viene lo más impreciso... Ya le he dicho que me he opuesto a que la muchacha se esforzara hablando. Pero... Nos ha dado a entender que un temporal los apartó de la costa. Luego, que los tripulantes se rebelaron, atemorizados por la macabra carga que llevaban a bordo, y que, no atreviéndose a lanzarla al mar, trasladaron los cráneos al vetusto bote y lo mismo hicieron con el profesor y la muchacha. Cortaron el calabrote y los dejaron abandonados a su suerte. Pero dice la muchacha que aún no se había alejado la goleta una milla, cuando la vieron partirse por la mitad, y hundirse en unos segundos... ¿Qué opina usted?

—Falta de imaginación —comentó, escueto.

Cogió el paquete de cigarrillos que tenía encima de la mesita, sacó un cigarrillo y se guardó el paquete.

—No era lo convenido —dijo, en el momento en que acercaba la llama del mechero al cigarrillo.

El médico le miró dubitativo.

—¿Cómo?

—Quedamos en que no me dejarían al margen...

—¿Acaso lo hemos hecho, Rodgers? Estoy aquí por decisión propia y porque el mismo capitán me ha advertido: «Vaya a informar a Rodgers, porque le conozco. Creerá que le dejamos de lado, y nos hará una trastada»

—No. Sencillamente lamento haberles enseñado todas mis cartas. Es seguro que todos a bordo saben quién es esa joven, tal vez hace ya horas, mientras que yo... ¡Me está bien empipado!

—¡Nadie sabe nada, a excepción del capitán, la enfermera y yo! Esa muchacha no saldrá del camarote hasta que yo lo crea oportuno. A propósito: habrá que procurarle ropa adecuada...

—Yo me encargaré de ello —se ofreció Guy.

—¿Usted?

—Tengo una amiga a bordo, cuyo ropero es lo más adecuado para una situación semejante. Esa muchacha podrá ponerse lo que desee y su dueña se sentirá muy satisfecha en ofrecérselo.

El médico hizo un gesto socarrón:

—Ya sé quién es... Quizá un poco demasiado alta, en comparación con nuestra muchacha.

—No creo que esto tenga difícil arreglo. Ellas mismas se encargarán de remediarlo. ¿Salimos, doctor?

—¿Hacia dónde va usted?

—A dar un paseo por cubierta, porque supongo que no me dejará que vea ahora a la muchacha.

—Está descansando, Rodgers...

—Estaba seguro de ello —comentó, zumbón—. A todo esto: ¿Ya han averiguado cómo se llama?

—Drida.

—Drida... No está mal.

Apenas asomar a cubierta, se encontraron con Sylvia. Parecía que estuviera esperando a Rodgers. Sentada bajo la toldilla, con una

pierna encima de la otra y manteniendo sobre las rodillas una revista abierta, se hallaba mirando hacia la puerta por la que apareció el periodista. Guy saludó con un gesto amistoso que fue correspondido por ella con una sonrisa.

—Le dejo —se apresuró a decir el médico.

—Hace usted bien —replicó Rodgers—. No conviene que le vean conmigo... y con esa mujer menos. Somos las dos ovejas negras...

—Lo que son ustedes los más felices de a bordo. Por lo menos, los más envidiados. Ventajas de la profesión... ¿Por qué no me haría periodista?

—Por lo mismo que no se hizo antropólogo —contestó.

Ambos soltaron la carcajada. El simpático rostro del doctor adoptó un gesto cómicamente grave:

—¿Quiere que le diga un secreto, Rodgers? No soy más que un fracasado. Le dejo. Si es menester, ya mandaré a buscarle.

El periodista se acercó a donde estaba Sylvia. Había a su lado un asiento, sobre el que se hallaban unas cuantas revistas. Ella misma las quitó.

—Siéntate, Guy, y cuéntame cosas...

—¿Cosas? Acabo de salir de mí camarote y aún no he tenido tiempo de meterme con nadie. Tú eres la que tiene la palabra...

—No te hagas el desentendido, Guy. Sabes a qué me refiero. ¿Qué pasó anoche? Sé que tuviste una larga entrevista con el capitán.

—¡Caramba! ¿Esas tenemos? —exclamó Rodgers, verdaderamente sorprendido—. ¿Quién te ha facilitado la noticia?

Sylvia indicó con el gesto a los pasajeros que se veían en cubierta.

—No se habla de otra cosa.

El periodista optó por reír:

—¡Esto es lo que se llama actuar con sigilo! Y hace un momento me aseguraba el doctor que nadie sabía nada.

—Precisamente él es quien ha informado a los Owens, y a estos les ha faltado tiempo para hacer correr la noticia. Se dice que se trata de la hija de un sabio, y que la muchacha es muy hermosa... Bueno, de eso ya pudimos darnos cuenta ayer. ¿Cuál es tu impresión ahora?

Y los ojos de Sylvia, bien amparados por las gafas ahumadas,

concretaron dos manchas fuertes, fijas, en el oscuro cristal. Se hallaba de cara a Rodgers, mirándole tenazmente.

—Mi opinión es... idéntica a la del primer momento: una criatura por la que vale la pena alterar cualquier plan que uno tenga trazado... A propósito: aquí llevo las fotos de ayer...

Sacó de un bolsillo de la americana unas cuantas fotografías. Instantáneas del momento en que los náufragos eran llevados a bordo. No exageró Rodgers cuando aseguró que el objetivo de su máquina había captado los momentos culminantes. Una de las fotos presentaba a un grupo de pasajeros retrocediendo con espanto, en tanto a sus pies rodaban las calaveras.

Veíase en otra al profesor Wahlner, con la escalofriante amputación. En ella precisamente aparecía Sylvia, casi en primer término. Ni aun el haberla cogido desprevenida, ni la emoción del momento le habían restado fotogenia. Antes bien, aquel rostro tan conocido por fotos estudiadas, aparecía ahora con un nuevo aliciente; el de la sinceridad.

—¿Qué opinas de esta foto, Sylvia? ¿Se presta a la publicidad?

—¡Es estupenda! —exclamó la artista.

Se quitó las gafas y permaneció unos momentos contemplando la fotografía.

—Tal vez resulte un poco fuerte —dijo, con un mohín de disgusto—. Quizá si hubieras cogido a... ese hombre desde otro ángulo... Que no se viera la cara, ni «eso»...

«Eso» eran las piernas amputadas.

—Disculpa mi improvisación —bromeó Rodgers—. Otra vez que se produzca un acontecimiento semejante, lo tendré en cuenta.

Pero le dolía bromear sobre aquello, y enseguida cubrió la foto con otra en que aparecía la muchacha en brazos del robusto marinero, convertida en una muñeca cuyos resortes estuviesen rotos.

—¿Has visto algo más sugerente? El lobo de mar, de gesto torvo... La delicada joya arrebatada al mar... ¿Sabes lo que voy a arrancar a mí periódico por esta fotografía?

—¿Piensas también publicar la mía? —preguntó a su vez Sylvia.

—¡Naturalmente!

Ella permaneció unos momentos pensativa.

—Me temo que a Dag no le agrade...

—¡Ah! ¡Muy bien! Pero a ti y a mí nos gusta —respondió despreocupadamente el periodista.

La artista volvió a mirar todas las fotografías. Luego, apartando dos —una, la que se refería a ella, y otra, a la muchacha—, dijo:

—Me las quedo. Tú puedes sacar otras copias, ¿verdad?

—Naturalmente. Pero lo que no me explico es para qué quieres la de la muchacha...

Sylvia levantó la cartulina en la que aparecía el rudo marinero con aquella graciosa figura, casi desnuda, en brazos. Era en el momento en que el marinero ponía el pie en la cubierta; como un grupo escultórico que una ola hubiese lanzado a bordo.

—Me la quedo como recuerdo del instante en que «algo» se malogró —respondió la artista, manteniendo en los labios una triste sonrisa.

Apuntó con uno de sus afilados dedos la fotografía.

—Desde ese momento —añadió, con voz apagada—, algo que se estaba formando entre tú y yo empezó a desvanecerse...

—¡Sylvia! —exclamó Rodgers—. ¿Qué tontería es esa?

Ella entonces soltó una alegre risa.

—Después de todo, tal vez sea lo mejor... para los dos.

Pero no era Rodgers de los que se sintieran cómodos soslayando las situaciones ambiguas.

—Oye, Sylvia: somos amigos desde hace mucho tiempo, y siempre te he admirado sinceramente. Te considero una mujer extraordinaria, tan excepcional, que lo primero que me impuse, apenas conocerte, fue no enamorarme de ti nunca. Y hasta ahora he solido cumplir lo que yo mismo me he impuesto.

Sylvia se encogió de hombros y dirigió la vista al mar. Sus ojos garzos adquirieron una nueva luz.

—Tal vez todo se reduce a que yo presentí esa resistencia tuya y pretendí vencerte... Bien. No se hable más de ello.

Efectivamente, enseguida cambiaron de tema, y a los pocos instantes los dos conversaban con la máxima cordialidad. Fue entonces cuando Rodgers le pidió que obsequiara a la muchacha con algunas prendas de ropa. Sylvia no demostró el menor resquemor hacia ella. Al contrario, el que Rodgers pidiese su ayuda, la complació.

—¡Todo cuanto poseo está a su disposición!

Guy sabía que era sincera y no vaciló en ir en busca del doctor para ver la forma de que la enferma y Sylvia se entrevistaran a solas. Al principio, el doctor pareció ajustarse, pero el reportero no tardó en convencerle.

—En ese caso, la celebridad de Sylvia Murphy nos es favorable. Es seguro que esa muchacha la conoce del cine. No se sentirá tan sola, en esta amarga vuelta a la vida. Un rostro familiar puede hacer mucho...

Hizo mucha más de lo que los dos esperaban. Al poco de estar Sylvia con la muchacha, esta hizo la siguiente pregunta:

—¿Se ha casado usted ya con Dag Hebbe?

A la artista la desconcertó que ella estuviese enterada.

Supuso que quizá la enfermera, o el mismo doctor, habían estado ocupándose de ella, como acostumbraban a hacer todos cuantos había a bordo.

—Mi padre y yo, cuando estuvimos en Macao, fuimos huéspedes de Dag Hebbe. Mi padre y él eran amigos. Dag tiene un gabinete lleno de retratos de usted. Hallándonos nosotros en su casa, la prensa lanzó la noticia de su próximo matrimonio. Algunos comentarios no fueron del agrado de Dag... Parecía muy enamorado de usted... ¿Puedo preguntarle si tiene algo que ver con él este viaje?

Por instantes, Sylvia parecía más desconcertada. ¡Tenía gracia la cosa! Pensó en el periodista. En aquellos momentos estaría afuera haciéndose ilusiones de que Sylvia se hallaba sonsacando a Drida. Y era precisamente esta muchacha la que, con una serenidad asombrosa, encajaba el inesperado encuentro, empalmándolo con recuerdos que por ley natural debían tener para ella una fuerza emotiva imposible de disimular.

Y nada más lejos de que aquella joven pareciese emocionada. Hablaba de su padre, evocaba situaciones desarrolladas hacía muy poco tiempo con la frialdad de quien repasa las láminas de un álbum muy visto ya. En aquella mente no parecía existir el trágico corte de aquellas horas en que permaneció en el mar, sola, junto al cadáver de su padre y la caja repleta de cráneos.

Ninguna angustia revelaba su rostro, ni su voz acusaba la más leve quebradura. Nada que le afectase padecía haber ocurrido. Sencillamente despertaba de un sueño en el que ni siquiera había

habido pesadillas. Solo una vez, de pasada, hizo alusión a la tragedia.

—Mi padre y yo ya estábamos convencidos de que un día nos ocurriría una cosa como la que ha sucedido.

Volvió a interesarse por la situación de Sylvia:

—Le pregunto si su viaje tiene algo que ver con Dag, porque para mí sería una gran ventaja. Necesito estar en Macao algún tiempo.

—¡Estaremos juntas, entonces! —exclamó la artista, con sincera espontaneidad—. ¡Quiero ser tu amiga!

Por primera vez, los grandes, magníficos ojos pardos de Drida brillaron con algo de emoción.

—Yo ya lo soy —murmuró.

Y enseguida desvió la mirada, acabando por cerrar los ojos, como si la emoción que había en ellos constituyese un error que nadie debía presenciar.

CAPÍTULO IV

Más tarde, si en algún momento Rodgers se sintió inclinado a lamentar haber puesto a Drida Wahlner en relación con Sylvia, se consoló enseguida pensando que de todos modos aquella relación se hubiera efectuado, puesto que la hija del infortunado antropólogo conocía de manera tan especial al futuro marido de la artista.

En un principio el periodista creyó que aquella súbita amistad entre las dos mujeres le favorecería. Aquel mismo día, Guy se presentó ante la muchacha, acompañado del doctor y del capitán. La joven les acogió con una cordialidad excesivamente ceremoniosa, principalmente a él. Esto hizo que, algo amoscado, preguntara al capitán y al doctor, apenas salir del camarote:

—¿Le han dicho ustedes algo de mí condición de periodista?

—Nada en absoluto —respondieron los dos.

Guy, entonces, se fue en busca de Sylvia y le hizo la misma pregunta. Obtuvo idéntica respuesta.

—No obstante, yo estoy seguro de que alguien la ha prevenido contra mí. Alguien le ha dicho lo que ando buscando...

Para sus adentros, Rodgers reconocía que esa afirmación resultaba un poco absurda, puesto que en realidad él aun no sabía lo que buscaba. La muchacha, con la serenidad que desde un principio había sorprendido a todos, contestaba cuantas preguntas le hacía el capitán. Se reafirmaba en lo que manifestó al principio: en que la goleta birmana naufragó, al poco de abandonarles —al profesor y a su hija—, con su maléfica carga. Pero, ¿y el fragmento del «lobong» con su disimulado depósito, con evidentes huellas de haber contenido opio?

Ninguno de los tres hombres planteó esa cuestión. Parecía que hubiesen establecido un tácito convenio. De todas formas, aún quedaba tiempo, puesto que la muchacha deseaba desembarcar en Macao. Ya llegaría el momento propicio...

Pero lo que más exasperaba a Rodgers era la indiferencia, más bien la hostil desatención con que Drida acogía su presencia. Guy

estaba acostumbrado al fácil éxito con las mujeres. A la hija del profesor Wahlner la consideró desde un principio como algo aparte de las que había conocido hasta entonces. De su mente no se apartaba la imagen de cómo la vio ascender hasta el barco. Fue ella con su graciosa figura quien puso algo de color en aquella situación angustiosamente gris... Era así, como algo gracioso y bello, y también infantil, de la manera que seguía considerándola, sintiéndose dispuesto a los mayores trabajos y riesgos por ayudarla, si es que llegaba el caso de que ella le necesitara.

En esto. Guy Rodgers fue torpe. La vez en que Sylvia, a la vista de la foto en que aparecía la muchacha, hizo alusión a lo que se desvanecía entre ella y Guy, por haberse cruzado en sus vidas aquella mujer, el periodista, estupefacto, estuvo a punto de exclamar: «Pero, ¿te has vuelto loca? ¡Si es una criatura!»

En aquello falló la perspicacia de Rodgers. Sylvia, sin embargo, supo ver en un solo segundo. Guy pudo darse cuenta de su torpeza en el momento en que, sin estar prevenido por nadie, sin que Sylvia, como hubiera sido lo natural, le hubiese anunciado que aquel día Drida haría acto de presencia en el comedor, la vio aparecer de pronto en compañía de la artista.

Rodgers se sintió deslumbrado. Vestida de aquella forma, Drida parecía casi tan alta como Sylvia, y tan mujer como ella. En vano la examinaba, esperando descubrir el detalle que le revelase el engaño. No lo encontró. Tal vez el rostro seguía pareciéndole aniñado. Pero su figura, los contornos de su cuerpo, discretamente revelados por aquel lujoso vestido daban la sensación de una mujer ya formada.

La misma serenidad con que encajara la vuelta a la consciencia, demostró ahora al enfrentarse con la ansiosa, voraz curiosidad de toda la sala. Apenas había dado unos pasos dentro del comedor, se detuvo unos instantes, haciendo resbalar su mirada fría por todas las mesas.

No había nada despectivo en su actitud, sino algo ausente. Nadie hubiese dicho que aquel elegante vestido, de complicado corte no había sido hecho para ella. Y con gran esfuerzo podía uno imaginar, viendo la soltura, la delicadeza de ademanes, la majestad de su porte, que aquella piel dorada que se veía en sus brazos, desnudos hasta los hombros, lo mismo que en su espalda, era piel quemada

en circunstancias en que aquel ser se había visto arrollado por los elementos. ¿Era verdad que esa delicada figura hacía apenas unos días, había estado viviendo en zonas selváticas?

Desde el principio del viaje, Sylvia y Guy habían utilizado la misma mesa, solos los dos. Esa soledad se la habían procurado ellos antes de que los demás compañeros de viaje hubiesen tenido tiempo de sentir animadversión hacia la inquietante pareja.

Pero a ambos les complacía ser el blanco de todos los comentarios, que ellos mismos se encargaban de provocar con ironías y salidas de tono.

La inesperada aparición de Drida en el comedor, en compañía de Sylvia, dejó a la vista de todos un problema cuya solución Guy adivinó antes que nadie. En el primer momento había hecho ademán de levantarse, pero se contuvo a tiempo, al sentir resbalar sobre él la indiferente mirada de la joven. No se sentarían a su mesa, eso estaba claro. No iba aquella esquivia muchacha a aceptar en público una relación que, de manera cortés, pero tenaz, había rechazado en privado desde el primer momento.

No se equivocó. Vio cómo las dos mujeres, tras haber permanecido unos momentos en actitud mayestática, soportando la atención de toda la sala, se volvieron en dirección a donde había una mesa vacía, junto a la que permanecía un camarero mirándolas en actitud obsequiosa. Hacia allí se encaminaron.

Y apenas se hubieron sentado, como obedeciendo a un movimiento de péndulo, todas las cabezas volviéronse a mirar hacia la mesa donde el periodista permanecía solo.

No era tarea fácil conseguir que Rodgers se desconcertara. En estos momentos el periodista reconocía para sus adentros que estaba atravesando un momento capaz de quitar el apetito a cualquier quídam.

A él no. En el instante en que las dos mujeres se sentaron, Guy llenó una copa de vino, la levantó con pulso normal y bebió. Desde donde se hallaba podía verlas fácilmente, de perfil. Parecía que lo hubieran hecho intencionadamente, para que el periodista tuviera oportunidad de comparar ambas bellezas.

La esplendorosa cabellera rubia de Sylvia, sus ojos garzos, que a cada momento parecían encendidos de mar, suscitaban más que nunca ideas de escándalo, traían a primer plano toda la alharaca

que la prensa levantaba de continuo en torno a su vida «privada». En contraste, la gracia infantil de aquella cabeza de cabello castaño, aquellos grandes ojos pardos, tal vez demasiado fríos, de mirar ausente...

En unos minutos, el ánimo de Guy había adoptado las más dispares actitudes. Tan pronto se sentía irritado, pareciendo dispuesto a levantarse y promover un escándalo, como se replegaba en una actitud paciente, humorística.

Y esta última fue la que adoptó por fin. Era la que más concordaba con su temperamento. Veía claramente el juego. La frialdad, más bien la hostilidad con que le trataba Drida, era obra de Sylvia. Sabía que la artista no se resignaría nunca a perder el primer plano. Si el motivo de atención de cuantos iban en el buque lo constituía ahora la muchacha arrebatada al mar, Sylvia se ofrecía a servirle de marco, un marco que era más bien una alambrada que la aislaba de todos. Familias como los Owens vacilarían mucho en acercarse a la muchacha, viendo la rapidez con que esta había intimado con un temperamento tan detonante y turbio como el de Sylvia Murphy.

Era, sin duda, lo que Drida deseaba, aislamiento. Todo esto se lo explicaba Guy. Lo que ya no aceptaba tan de buen grado era que Sylvia, a la que siempre había considerado como poseedora de un espíritu original, emplease un recurso tan burdo como el de predisponer en contra suya a Drida, por un despecho tan elemental como vulgar.

Tan pronto terminó de comer se levantó y, sin dirigir una mirada siquiera a donde estaba su amiga, salió del comedor. Después de permanecer unos momentos paseando por cubierta, decidió entrevistarse con el capitán.

Lo halló en su camarote, junto con el médico y el primer oficial, frente a sendas tazas de café. Se encontraban en conversación muy animada, más bien acalorada.

Comentaban las últimas noticias recibidas por radio: el feroz ataque de varias partidas de guerrilleros en el Estado de Johore, al sur de la península de Malaca. Dos familias de colonos habían sido asesinadas y varias plantaciones de caucho fueron incendiadas.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —preguntó Guy.

—La pasada noche... Llegará usted a tiempo para recoger

referencias aún «calientes» —dijo con amarga ironía el capitán.

Les faltaban un par de horas para llegar a Singapur. Algo empezó a apuntar en la cabeza del periodista. Su primer plan, al salir de Londres, fue detenerse en Malaca. Luego lo aplazó para cuando regresara de Hong Kong y Macao. Pero el acercamiento a estos dos puertos ya estaba perdiendo interés para él, sin un motivo claro que lo justificase. ¿Sería acaso porque se había hecho demasiadas ilusiones en el asunto del profesor Wahlner?

Parecía que la frialdad con que la muchacha soportaba el drama le había contagiado. Se daba cuenta ahora de que su imaginación habíale gastado una broma. Lo sucedido a la expedición del profesor Wahlner era un hecho vulgar en aquellas latitudes. Nada de esto tenía allí importancia.

Podía muy bien suceder que este moderno buque fuese pronto abordado por un hormiguero de piratas. ¿Y qué? Los pasajeros serían despojados de sus joyas, algunos tal vez fuesen secuestrados, se gestionaría el rescate, y un episodio más...

Lo imperdonable era que Guy conocía el ambiente, y estaba familiarizado con hechos todavía más graves. ¿Cómo, pues, se había dedicado a fantasear en un asunto tan anodino? «Estoy desentrenado», pensó, en tanto escuchaba los comentarios que los marinos hacían acerca de las actividades de los guerrilleros.

Y de pronto, interrumpiendo el tema, preguntó:

—Capitán: ¿Le han hablado a la señorita Wahlner acerca de la caja oculta en el fragmento del «lobong»?

—Sí —respondió el marino—. Ayer mismo le habló de ello el doctor.

Guy se volvió a mirar al módico.

—Nada de particular —contestó este—. Era la «caja fuerte» de un mercader birmano... perfectamente autorizado por el Gobierno para la explotación de productos marinos.

Rodgers conocía esta clase de licencias, expedidas mediante subasta por las autoridades. Con ellas podían sacar productos del mar.

El mercader, que tenía bastantes recursos para pagar esta licencia —comúnmente un birmano o un chino— cargaba entonces su velero de arroz, pesca salada... y opio, y partía en busca de un grupo de «mokes».

Estos, atemorizados por siglos de represión, por las «razzias» de los cazadores de esclavos, por los traficantes chinos y piratas siameses, no encontraban más arma de defensa que la huida. Como mal menor, aceptaban la «protección» de un mercader autorizado, y durante algún tiempo le prestaban sus servicios, llenándole la embarcación de conchas, perlas, ámbar gris... Este les pagaba con arroz y con la droga que los mismos traficantes les habían inducido a tomar.

—En el «lobong» ocultaba el mercader birmano la más preciada moneda de los «mokes» —siguió el médico—. Buena caja blindada, ¿no cree usted, Rogers?

—¡Inmejorable! —afirmó el periodista—. Es muy improbable que un «moke» ponga sus manos en uno de estos postes, aunque se refieran a un templo de tiempo abandonado en plena jungla... ¿Y cómo fue a parar a manos del profesor Wahlner?

—El mercader enfermó de fiebres, y el profesor Wahlner y su hija le atendieron, pero no pudieron salvarle. El mercader les confió la oculta caja, para que la llevaran a sus familiares, Drida achaca a este trozo de poste sagrado, tanto como a los cráneos, el que los tripulantes de la goleta a su servicio se rebelaran.

La conversación derivó de nuevo sobre los recientes sucesos en Malaca. Guy permaneció un rato callado. Y de pronto:

—¡Ya está decidido! —exclamó.

Todos se le quedaron mirando, expectantes. El periodista se puso en pie.

—Voy a preparar el equipaje... Desembarcaré en Singapur.

Y viendo que el capitán no revelaba la menor sorpresa, preguntó:

—¿Acaso lo esperaba?

—Ya le dije que no me acostumbraba a verle sin la metralleta, «Tuan Rock» —respondió, con la mayor seriedad, el marino.

* * *

Algo, sin embargo, hizo Guy Rodgers que sorprendió a quienes más creían conocerle. No se despidió de Sylvia.

A excepción del capitán, el primer oficial y el médico, nadie más supo de su marcha. El equipaje se lo mandaron al domicilio que él

facilitó, una hora después de hallarse ya en tierra.

Apenas estuvo en Singapur unas horas. Al llegar el nuevo día, Rodgers ya se hallaba vestido como cualquier oficial británico en campaña; llevaba su pistola al cinto, y montado en un «jeep» que servía de correo entre la ciudad y un puesto avanzado en la jungla, cruzaba el viaducto que unía la isla con la península.

El coronel Anthony Reed, uno de sus antiguos compañeros de armas, era el que veinticuatro horas antes había tenido que hacer frente a varias embestidas coordinadas de los guerrilleros. Guy, apenas desembarcar e informarse con detalle de lo que ocurría, no cesó de presionar en los departamentos oficiales hasta que le concedieron comunicación telefónica con el coronel.

Este se hallaba en su puesto de mando, al frente de un fuerte contingente de tropa que ejercía vigilancia en un sector de la costa occidental, al norte de Johore-Balnu, muy frecuentado por contrabandistas de armas.

Desde hacía mucho tiempo, fue aquella la primera carcajada que se escapó de la garganta del coronel Reed, al reconocer a quién llamaba.

— ¡Pero, Rodgers! ¿Qué diablo te ha empujado aquí? — preguntó desde el otro extremo del hilo el soldado que desde hacía dos noches no había conseguido pegar un ojo.

— Debe de ser la selva, Anthony, que actúa de droga — respondió Guy.

— ¡Absurdo! ¿Y has dejado Piccadilly, con el embrujo de sus muchachas, por los bejucos y mosquitos de este infierno?

¿Piccadilly? Rodgers sonrió. ¡Si Reed supiera que tal vez en aquellos momentos había una mujer como Silvia Murphy preguntándose qué diablos podía haberle pasado a Guy, que no se dejaba ver...!

— Sé que te estás divirtiendo — continuó Rodgers — y quiero tomar parte. ¿Me admites? Llevo a mis espaldas a unos cuantos millones de lectores...

— ¡Naturalmente que te acepto! Pero puedes mandar al diablo a tus millones de lectores.

Cuando Guy llegó al puesto de mando, el jefe se hallaba ausente. Una urgente salida hacia un sector infestado de guerrilleros. Como en aquel momento algunos vehículos cargados de material y tropa

estuviesen dispuestos para salir hacia la zona afectada, Guy se agregó a ellos.

De esta forma fue cómo Rodgers entró en acción, apenas llegar. Guando el pequeño convoy llevaba rodando un par de horas, cayó en una celada tendida por los rebeldes.

En los primeros momentos, Guy dejó que el jefe de la expedición organizara la defensa, pero la avalancha de enemigos que se les echaba encima era tan potente, que el oficial un joven muy poco experimentado en aquella clase de emboscadas, palideció y, cerrando los ojos, pareció dispuesto a dejarse arrollar por la oleada.

El primer camión había saltado en pedazos, por efecto de una mina emplazada en la pista. A ambos lados, a muy corta distancia, se erguían murallas de vegetación espesa. Era de allí de donde salieron las primeras rociadas de balas, acompañadas de un imponente griterío.

Al mismo tiempo, delante y atrás, a unos doscientos metros, grupos de rebeldes surgidos de la espesura se situaban en la carretera, formando una especie de esclusa.

Así que se produjo la explosión, los cuatro camiones que marchaban detrás se detuvieron, y los soldados comenzaron a disparar, sin apuntar siquiera. Saltaron algunos a tierra, sin saber dónde situarse, esperando unas órdenes que no se daban.

Guy vio el peligro enseguida. Miró el rostro desencajado del teniente, sus ojos cerrados... Corrió hacia él, en el momento en que el joven oficial, alcanzado por dos disparos, vacilaba. Guy lo cogió en volandas y lo colocó en la cabina inmediata.

—¡A los camiones todo el mundo... y marcha atrás! —gritó con irresistible voz de mando.

Guy Rodgers, al olor del peligro, se había transformado. Parecía imposible que un hombre solo pudiese desplegar tanta actividad.

Pistola en mano conminó al conductor del último camión a que obedeciera. Chascaban las balas contra las planchas del coche, y los soldados que había arriba se apelotonaban tras los montones de pertrechos.

—¿Qué hacen esas armas paradas ahí arriba? —preguntó Guy.

Y dio el ejemplo. Con la elasticidad de un felino, trepó al camión y a los pocos segundos ya tableteaba una ametralladora, dando ciegos y fulminantes azotes contra una de las barreras que formaba

la selva.

La reacción se produjo instantánea. Otra ametralladora empezó a rugir en el lado opuesto del camión. Otras armas irrumpieron en los demás vehículos. Súbitamente cada coche pareció convertirse en un fortín.

Los camiones empezaron a retroceder, erizados de bocas de fuego. Disparaban en todas direcciones, sin apuntar, formando un ancho círculo que les sirviera de salvaguardia.

En los primeros minutos lo consiguieron. La energía de la respuesta y la arriesgada táctica que adoptaron, les cogió de sorpresa. El grueso de la partida ya se hallaba fuera de sus defensas y, arma en alto, corrían vociferando, dispuestos a lanzarse sobre el botín.

Millares de balas crearon enseguida una alambrada mortífera, y aunque pronto vino el movimiento de retroceso, infinidad de cuerpos quedaron enganchados en el invisible espino.

Muchos soldados no habían tenido tiempo de subir a los camiones cuando estos iniciaron la marcha atrás. Rodgers les obligó a saltar sobre los estribos, o a marchar agachados, a todo correr, amparándose de un lado con los vehículos, en tanto pudieran llevar la marcha de estos. Lo que importaba era alcanzar la próxima curva donde la pista daba un brusco viraje separándose de la enmarañada vegetación y entrando en un terreno llano y despejado.

Fue allí donde dio la orden de alto. Enseguida, en dos puntos clave emplazó un par de ametralladoras, con las que podían batir perfectamente el área por la que los rebeldes pudieran desencadenar un contraataque, y, antes que los ánimos se enfriaran, distribuyó la gente en pequeñas patrullas, les explicó el plan a desarrollar, y salieron.

Unos marcharon por ambos bordes de la carretera, para recoger a los heridos, en tanto otros, maniobrando de forma que el enemigo les pudiera ver, se infiltraban en la selva. Rodgers sabía que era el momento oportuno. Un golpe audaz sucedía a otro no menos atrevido, sin dar tiempo al enemigo a que se repusiera del asombro. Tenía la ventaja de que los rebeldes actuaban en manada, sin una trabazón de mandos regulares.

Al introducirse en la espesura procuraron dar a entender que iban a iniciar un movimiento envolvente, saliéndoles por la espalda,

pero apenas la vegetación les hizo invisibles, rectificaron la marcha, acercándose lo más posible a los lados que controlaban la carretera.

El enemigo no pudo actuar más acorde con los deseos de Rodgers. Creyendo que retirándose de las orillas no solo contrarrestarían la maniobra envolvente, sino que harían sentir cuán descabellada había sido aquella táctica, se replegaron sigilosamente hacia el interior, con el ánimo de surgir en el momento oportuno.

Ese momento no llegó. Al cabo de un rato percibieron el vibrar de los camiones.

Esta vez pecaron de listos. Creyendo que era un cebo que el enemigo les lanzaba, no se movieron de donde estaban. Pero poco a poco fueron dándose cuenta de que los motores se oían cada vez más lejos, hasta que por fin dejaron de oírse. Y mientras, las patrullas británicas que ellos esperaban ver caer en el cebo que les tenían preparado, no aparecían.

Un grupo de exploración se arriesgó hacia la carretera. Cuando por fin asomaron, los oblicuos ojos de los guerrilleros malayos quedaron redondos por el estupor.

A no ser por el embudo que había en medio de la pista, producido por el estallido de la mina, y por los restos del vehículo alcanzado, hubiesen creído que el ataque al pequeño convoy había sido soñado. No había ya enemigos a la vista. Ni vehículos, ni cadáveres, y menos aún heridos. Ningún uniforme que recordase que fuerzas del ejército gubernamental habían pasado por allí y habían pagado su escote.

Por el contrario, toda la cuenta parecía cargada a los guerrilleros, por la alfombra de cadáveres que se veía a ambas orillas de la jungla.

Una hora más tarde, Guy Rodgers se presentaba ante su amigo y ex compañero de armas, Anthony Roed. El periodista llevaba el rostro sucio de tierra, sangre y tiznajos de pólvora quemada.

En otro momento, Anthony hubiera soltado la carcajada. Ahora no. Se limitó a abrazar con fuerza, pero en silencio, a su entrañable amigo.

—¡Gracias, Guy!

Por delante de ellos pasaban los soldados transportando a los barracones a los heridos y a los muertos. Tras un largo silencio, el

periodista preguntó:

—¿Y por aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—No —respondió sombríamente Reed—. Era una trampa que nos habían preparado, y caímos en ella. Su plan era disgregarnos para lanzarse sobre los pequeños convoyes. Lo que han hecho con vosotros... solo que les ha salido un poco caro.

Lanzó un largo suspiro y añadió:

—¡Haces mucha falta aquí, Guy! ¿Por qué no pides el reingreso?

—¡Anthony! —exclamó el periodista, con verdadera seriedad—. ¿Qué sería de mis millones de lectores?

—¡Déjate de bromas, Guy! ¡Te hablo en serio!

—Y yo... No puedo dejar a mis lectores. ¿Tú sabes el placer que proporciona ir inventando embustes, sin riesgo alguno, al ritmo de esa metralleta inofensiva que es la máquina portátil?

—¡No puede ser verdad que tú te preocupes por ese orondo lector que, bien arrellanado en su sillón, con un buen cigarro en la boca o mascando goma, lee superficialmente reportajes que, como el de hoy, si lo escribes, llevan tanta amarga realidad!

Rodgers sonrió:

—No dramatices, Anthony. Busca a las cosas su lado humorístico, y engordarás.

El coronel Reed parecía necesitarlo. Era alto, extremadamente enjuto: huesos, y piel chamuscada.

—Anteanoche murieron asesinadas dos familias de colonos. Tres cuartas partes de tus lectores, al leerlo, quizá suspendan por unos segundos el movimiento de mandíbulas, al mascar goma, o el cigarro se les incline a punto de soltarse de los labios. «¿Cómo toleran estas cosas? ¿Qué hace ese ejército?», exclamarán, indignados. En la Cámara de los Comunes se explanará alguna interpelación sobre las deficientes medidas tomadas para la seguridad de nuestros colonos. La prensa, durante unos días, mantendrá un tono de fiscal. Después...

Anthony hizo una pausa, mirando hacia los barracones donde acababan de trasladar al último herido.

—Es raro el día en que la jungla no nos da uno de sus zarpazos. ¿Habéis cogido armas al enemigo?

—En uno de los camiones va una excelente carga —respondió Rodgers.

—¿Las has examinado?

El periodista asintió con un movimiento de cabeza.

—Habrás visto que las hay de todos los tipos —prosiguió el coronel Reed—. ¿Qué te dice esto? ¿Cómo armas de naciones amigas están en manos de los rebeldes?

Anthony extendió un brazo y girando el tronco trazó en el aire una media circunferencia.

—Más que el enemigo en acecho, lo que nos abruma son los corredores secretos a través de la jungla y del mar. Birmania y Siam. Sumatra, el mismo Hong Kong, son plataforma para que traficantes de no importa qué nacionalidad, hagan pingües operaciones sobre el contrabando de armas, a cambio de opio... Un cuchillo de doble filo con que Occidente se hiere. ¿Puedes tú hallarle el lado humorístico?

—Puede que lo tenga. ¿Qué duda cabe? —respondió Guy.

Pero en aquellos momentos su imaginación se había puesto a galopar, por caminos todavía nebulosos para él mismo.

—Vamos a ver qué pasa ahí —dijo Anthony, refiriéndose a los barracones sanitarios.

A uno de los primeros que vieron fue al teniente que mandaba la expedición. Al encontrarse con la mirada de su superior, se echó a llorar.

—¡Vamos, muchacho! ¿Qué te pasa? —preguntó Reed.

—¡Me he portado muy mal, señor! —gimió el joven, en una crisis de nervios—. ¡Hubiéramos perecido todos... a no ser por el turista!

Guy, no pudiendo contener la risa, se volvió de espaldas y se alejó, para detenerse ante otro lecho.

—¡Un turista! —repitió Reed, riendo a pesar suyo—. Hubo un tiempo en que los japoneses clavaron en las heveas carteles en los que se ofrecían respetables sumas de dinero por la cabeza de ese «turista». Era el enemigo número uno de los japoneses en la guerra de la jungla, teniente Lund. Quizá es usted demasiado joven; pero, ¿no oyó hablar alguna vez de «Tuan Rock»?

Y no fue él solo. De distintos camastros salió la exclamación como un eco;

—¡«Tuan Rock»!

Varios ojos febriles concentraron su atención en Guy Rodgers,

como en algo maravilloso, como si una figura legendaria que hubiese estado laborando en el espíritu de aquellos soldados, todavía unos muchachos, hubiera realizado el milagro de irrumpir de un pasado muy lejano.

—¡«Tuan Rock»!

Y Rodgers, que se dio cuenta de lo que ocurría, se mostró súbitamente enfadado:

—¿Para qué esto, Anthony?

Se quedó mirando a su amigo y, entornando los ojos, agregó:

—Sé lo que pretendes, pero todo será en vano. No pienso pedir el reingreso —recalcó con fuerza.

En aquel momento apareció un ordenanza:

—¡Señor! Le llaman desde el Cuartel General.

El coronel se dirigió a la chabola donde estaba la centralilla. Al momento el ordenanza volvía en busca de Rodgers.

—Es para ti —le dijo Reed, al verlo llegar a la chabola.

Cuando Guy cogió el auricular, oyó que allá hondo, en un pozo lleno de ruidos metálicos, una voz ronca preguntaba:

»— ¿El señor Rodgers? ¡Un momento, por favor! La señorita Wahlner va a ponerse al aparato.

CAPÍTULO V

La entrevista se efectuó en el puesto de mando del coronel Reed. Le gustó verla vestida en traje de campaña, tal como si se hallase preparada para acompañar a su padre en una de sus científicas expediciones.

Tardó un poco en perfilar su figura. Sobre el techo de palma se estrellaba la furia del sol, y dentro de la choza se mantenía una agradable penumbra, que en un principio fue casi total obscuridad para los ojos cargados de sol de Guy Rodgers.

—Y bien, señorita Wahlner: según veo, parece usted inclinada a los despropósitos... A bordo ha estado usted huyéndome, como si fuese su mortal enemigo. Y de repente decide usted perder el barco e internarse en estos parajes nada confortables...

—Puede que más gratos que los suntuosos salones de un barco repleto de gente aburrida, insoportablemente curiosa —replicó Drida, adoptando el mismo tono irónico de él—. Usted, por lo menos, así parece confirmarlo con su conducta.

—¡Oh, no! El que yo baya vuelto la espalda a ese cargamento de turistas no quiere decir nada. He salido de Europa con una misión señalada, señorita Wahlner. Todavía no puedo permitirme el lujo de tirar un puñado de libras viendo cómo otros bostezan o cazan moscas.

Ya la figura de Drida Wahlner se concretaba ante sus ojos, descargados de irritante luz. Le pareció menos alta con aquel pantalón corto hasta las rodillas, calcetines hasta media pierna y gruesos zapatos. En el cinto llevaba una pistola de mediano calibre. Cubríase el busto con una chaquetilla de tela caqui, cerrada por una cremallera, y ceñida a la cintura por dos correítas con hebilla, una a cada costado.

En su rostro fue donde la mirada de Rodgers se detuvo más tiempo. Ya no le parecía el mismo, aquel semblante resplandeciente y frío, lleno de seguridad, que vio por última vez en el comedor del barco. Se le antojaba ahora con unos pómulos salientes, unos rasgos

afilados, atormentados por un fuego interior a punto de estallar. Y, particularmente en los ojos, ya no percibía aquel aire ausente que tanto le impresionó al principio.

—¡Caramba, señorita Wahlner! ¿Qué ha podido suceder en tan pocas horas?... He de manifestarle que me parece usted otra...

—Todo depende de que usted haya sabido mirar. Y ahora, señor Rodgers, ¿tendría usted inconveniente en que el coronel Reed asistiese a nuestra entrevista?

—¿Cómo? —exclamó Guy, sorprendido—. ¿Acaso pretende con ello darle a esta conversación un carácter oficial?

—Desde luego. Todos mis pasos, desde que dejé el barco, tienen una trayectoria oficial. Esto no creo que deba sorprenderle mucho, si se detiene a considerar el que yo haya podido llegar hasta aquí, cosa nada fácil si no es con una protección oficial.

—Entiendo. Pero lo que no veo claro es que usted recurra a esos medios, para abordarme, cuando desde un principio yo me ofrecí con toda espontaneidad. Le advierto que yo aquí no obedezco más órdenes que las que me dicta mi criterio. Me temo que venga usted mal informada, creyendo enfrentarse con un soldado sometido a una disciplina.

Dio unos cortos paseos en silencio, en actitud pensativa. Miró con nueva atención a la muchacha.

—¡Comprendo! Sylvia debe de haberle enseñado las fotografías que saqué a bordo. ¿Viene usted a pedirme que no las publique?

Drida le miraba fijamente, pero no contestó.

—¿He acertado, señorita Wahlner?... Pues he de notificarle que ha llegado usted tarde. Hace ya más de ocho horas que salieron en el correo aéreo, rumbo a Europa.

La joven pareció afectarse.

—Si eso es cierto —bisbiseó— solo me resta... suplicarle, que envíe un radiograma a su periódico aplazando la publicación de esas fotografías.

—¡Luego acerté! —exclamó Guy, dándose cuenta de que aquel asunto le divertía más a cada momento—. ¿Por qué diablos ha aguardado usted tanto? Me temo que, aun queriendo complacerla, sea demasiado tarde.

—¡Llame al coronel Reed! —fue la réplica de ella.

—¿Cómo no? Eso está hecho enseguida.

Salió Rodgers. No había transcurrido medio minuto cuando aparecía de nuevo acompañado de su amigo y jefe del sector.

—Ahora te toca a ti sorprenderte, Anthony. Esta gentil señorita requiere tú presencia con un interés que, bien pensado, resulta poco halagador para mí.

Pero el coronel Reed sorprendió a su amigo permaneciendo en una actitud extremadamente grave, solemne. Avanzó unos pasos hasta situarse delante de la joven y, saludando muy cortésmente, manifestó:

—Estoy a su disposición, señorita Wahlner. Acabo de recibir una comunicación desde el Cuartel General dándome cuenta de su misión. Todos los medios de que dispongo están a su servicio.

—¡Gracias, coronel! —respondió la muchacha—. Ya me anunciaron sus superiores que en usted tendría el más entusiasta colaborador.

—No podían encomendarme una labor que yo haya deseado más. Sé cuánto significa para nosotros el éxito de esa misión.

Rodgers les miraba atónito. Y de repente, no pudiendo aguantar más, exclamó:

—¡Diablos! ¿Qué tiroteo de flores es este?

El coronel dirigió a su amigo una severa mirada, no acabando de comprender que Guy no se decidiese por el camino de la seriedad.

—Antes que nada, coronel —dijo la muchacha, sin dirigir una sola mirada al periodista—, un medio de asegurar el éxito de nuestra misión sería conseguir del señor Rodgers que enviara a su periódico contraorden de publicar las fotografías y cuanto se refiera al percance sufrido por nuestra expedición.

—Puede usted confiar en que Guy hará todo cuanto esté de su parte y algo más —prometió galantemente el jefe del sector.

Pero al periodista pareció que alguien le acababa de pinchar con intención de exasperarle.

—¡Muy bien! Ya lo ha oído usted, señorita. El coronel acaba de asegurarle que Guy se someterá a todo cuanto se le ordene. ¿Qué concepto tienen ustedes de mí profesión? ¡Soy un informador que se debe al público! ¿Saben quiénes hay detrás de mí?

—Unos cuantos millones de lectores que mascan goma —apuntó Reed, con evidente sorna.

—¡Como quieras, Anthony! Pero por el hecho de que me

encuentre aquí, no puedo considerarme sometido a vuestra disciplina. En alta mar yo he presenciado un hecho: el objetivo de mí máquina y la retina de mis ojos lo han captado, y mi deber es revelarlo a mí público. ¿Para qué, si no, crees que dejé Piccadilly y el esplendor de sus muchachas? Las lianas y mosquitos de estas tierras no tienen todavía tanto atractivo para que yo los soporte amordazado... Además, no creo que nos hallemos metidos en un secreto de Estado.

—Tal vez sí —replicó la muchacha, con gravedad, sin dignarse mirarle todavía.

El periodista quedó unos momentos suspenso. Pero se dio cuenta enseguida de que aquella actitud no respondía a la táctica que se había propuesto al principio, cuando advirtió el carácter que tomaba aquella entrevista. ¿Por qué, en los momentos en que él más creía hallarse metido en un asunto de complicadas derivaciones, todos parecieron confabularse para hacerle creer lo contrario?

El capitán, el doctor, la misma Sylvia Murphy daban la impresión de estar obrando de acuerdo sin más fin que enfriar la desbordada imaginación del periodista. ¿Y qué decir de la propia interesada?

—Todo esto pudo quedar zanjado a su debido tiempo —manifestó Rodgers, dándose cuenta de que el resquemor que sentía contra la muchacha aparecía más fuerte de lo que había creído en un principio—. Fui el primero de a bordo en percibir que su aparatoso naufragio traía su cola oculta.

A él mismo le desagradó el tono que empleaba. Quería hablar zumbón, la forma característica que utilizaba cuando se enfrentaba con asuntos graves. Pero lo hacía irritado, embriagándose en su ardor, como si estuviese pasando factura a una dolorosa humillación.

—No di un paso en espera de que usted se recobrara —prosiguió Guy, un poco ronco—. Más aún: cometí la estupidez de confiar mis averiguaciones al capitán y, lo que todavía es más imperdonable; a ese parlanchín doctor... No tiene usted la disculpa de que ignoraba mi situación con respecto a su asunto. En el momento en que fui a verla me di cuenta de que usted sabía quién era yo. ¿Quién la previno contra mí? ¿Sylvia, quizá?

—Nadie, y todos —respondió la muchacha—. Por Sylvia supe la

manera de ser de usted. Y cuando el capitán me habló de las conjeturas que usted había hecho acerca de nosotros... sentí miedo.

—¿Miedo? —inquirió Guy, divertido.

Iba a agregar que la cosa resultaba demasiado cómica. Una muchacha que se había mostrado imperturbable al salir de la pesadilla que suponía haber permanecido en un viejo bote, en alta mar, junto a un cadáver mutilado y una caja repleta de calaveras...

—¿Miedo de qué? —repitió el periodista.

—De su imaginación. Me aterrorizó ver que casi todas sus conjeturas rondaban la verdad. Y temí que, si yo accedía a que usted me interrogase, por mucho que disfrazara mis respuestas, usted acabaría adivinando la verdad.

El coronel Reed, que ni por un momento había dejado de observar a su amigo, vio que este, poco a poco, cambiaba la expresión de su rostro. Una vanidad infantil aparecía ahora en él, por el hecho de que aquella joven hubiese subrayado su perspicacia de periodista. Anthony Reed miró a su amigo como quien mira a un monstruo. ¿Era posible que este hombre fuese el mismo que hacía unas horas había encajado un momento difícil, resolviéndolo con la serenidad y riqueza de iniciativa que para sí querrían los mejores jefes? Y era verdad que se había enfadado cuando los hombres que lucharon con él, al saber a quién habían obedecido, manifestaron su devoción...

—¡Cada vez te entiendo menos! —masculló Anthony, poniéndose a dar zancadas a lo largo de la cabaña—. Te pones como un pavo apenas apunta el menor elogio a tu capacidad de reportero. ¡Maldito si lo entiendo! Periodistas como tú, mejores que tú, los hay a millares, ¿me oyes?... Sin embargo...

—No nos interrumpas —advirtió Guy—. La señorita Wahlner se está poniendo en un terreno interesante. Siga como iba, y tal vez nos entenderemos... Quedamos en que usted temía que yo pudiera descubrir la verdad, ¿no es eso?... Vamos a dar por supuesto que yo lo hubiese conseguido. ¿En qué podía perjudicarla?

—En dar a la publicidad algo que debía permanecer en el máximo secreto —respondió Drida—. Cuando el capitán me comunicó que usted había decidido desembarcar...

—¿El capitán? ¿Se lo dijo antes de que llegáramos a Singapur?
La joven asintió.

—¡Vaya con el marino! ¿También el doctor actuaba de acuerdo con usted?

—También.

Rodgers se mordió los labios y enrojeció sin disimular su confusión:

—¡Valiente perspicacia la mía! ¡Y yo que les creía tan limpios jugadores! ¿Y de Sylvia qué me dice?

La muchacha pareció pensar la respuesta. Por fin, sus ojos castaños buscaron francamente los de Guy.

—Con Sylvia ha existido un acuerdo... más bien tácito. Me di cuenta enseguida de lo que ocurría.

—¿Qué es lo que ocurría? —preguntó vivamente Rodgers.

—Que Sylvia veía con muy buenos ojos que yo no quisiese trato con los periodistas... y especialmente con usted.

—¡Sylvia no es más que una muñeca obsesionada porque nadie le haga sombra! Con ello llega a extremos tan ridículos como el que nos ocupa ahora. ¡Que esté prevenida para el reportaje que le preparo! ¡Sí! ¡Con ilustraciones y todo! ¡Sylvia Murphy en primer plano, en escenas tan macabras y de tan mal gusto como las del barco!

—¡Usted aplazará la publicación de esas fotografías, señor Rodgers! —replicó seriamente la muchacha.

—¿Es una orden?

—Por mí parte, es simplemente un ruego... Pero en último caso, puede que sea una orden de las autoridades de su país.

El periodista se volvió a mirar a su amigo:

—¿Qué dices a esto, Anthony?

—Que confío en que tu sensatez hará innecesaria cualquier desagradable intervención —respondió el jefe del sector.

—Este asunto no está bajo vuestra jurisdicción. No roza siquiera una cuestión política. Se trata de una expedición puramente científica, que ni siquiera ningún Estado determinado habrá subvencionado... A lo mejor todo ha sido patrocinado por aportaciones particulares. ¿Digo bien, señorita Wahlner?

—En apariencia, sí —respondió la joven—. Personas con medios económicos y amantes de la cultura, han subvencionado nuestra expedición. Quizá le interese saber que uno de los que más han contribuido es alguien bastante allegado a nosotros, o por lo menos

a nuestra común amiga. Me refiero al que va a ser marido de Sylvia...

—¿Cómo? ¿Dag Hebbe está metido en esto? —saltó Guy, verdaderamente intrigado.

—No se precipite, señor Rodgers —le atajó la joven—. Sujete su imaginación... He dicho, nada más, que él es uno de los que aportaron dinero para nuestra expedición. Pero lo que yo quería manifestarle es que, en apariencia, nuestra expedición tenía un apoyo particular... pero la realidad era que el impulso venía de un centro oficial. Mi padre y yo lo ignoramos hasta el último momento.

Hizo un silencio. Sobre la tersa frente de la muchacha se insinuó una atormentada arruga.

—Con nosotros venía un joven profesor... británico —prosiguió, recalcando de manera significativa la nacionalidad— en quien mi padre confiaba mucho...

Guy percibió un confuso malestar. La aparición de aquel inesperado compatriota hizo que su atención se erizase de prevenciones y de vagas inquietudes.

—Parecía estar trabajando con nosotros sin más objetivo que la investigación científica... hasta que ocurrió la cosa, y ya moribundo, nos reveló su verdadera condición. Era un agente del «Intelligence Service» a la busca de los «pasillos» por dónde los contrabandistas efectúan el tráfico de armas, y que afectan, precisamente, a este territorio...

Se hizo un largo, profundo silencio. Rodgers permanecía con la vista clavada en el suelo, donde el techo de palma tejía unos trémulos encajes de luz.

Otra vez la imaginación del repórter se había lanzado desbocada, saltando sobre toda clase de obstáculos, buscando las más extrañas metas. Y sin embargo, reconocía que era el momento menos oportuno para fantasear. Seguramente Drida disponía de datos concretos que hacían innecesaria toda febril lucubración.

—A la media hora de haber usted desembarcado —prosiguió la muchacha— ya estaban siguiéndole.

—¿Quién? —saltó Guy.

La muchacha sonrió:

—No se alarme. Agentes británicos.

—¿Me los lanzó usted?

—Me limité a exponer el asunto en el departamento de información. Me estaban esperando. Tenían ya noticia de mí salvamento y se hallaban muy preocupados por la desaparición de uno de sus mejores agentes. Nick Evoy, el activo e inteligente etnólogo, en quien mi padre cifraba grandes esperanzas... Quizá deban ustedes lamentar haber gastado a un hombre tan bien dotado en un burdo asunto de contrabandistas. Así lo he manifestado en el departamento.

De nuevo Guy sintió aquella extraña desazón. Súbitamente se le despertó un vivo interés por Nick Evoy. Un interés ajeno a su malograda vida. Era él, como hombre, desligado totalmente de su capacidad científica, lo que le interesaba. ¿Qué huella había dejado en el alma de esta muchacha, que por instantes se mostraba más enigmática?

Se dio cuenta enseguida de lo que pasaba en él, y casi se horrorizó. ¿Es que iba a sentir celos? ¿Y de un muerto?

—No creo que usted haya tenido tiempo de mandar las fotos —prosiguió Drida—. Ya le he dicho que al poco rato de desembarcar usted todos sus pasos han sido seguidos. Ahora que ya está usted enterado del carácter de este asunto, podrá darse cuenta de que es importante que la noticia de mí supervivencia trascienda lo menos posible. Si es cierto que usted ha mandado al periódico esas fotografías...

—No es cierto. Por ese lado puede estar usted tranquila. Y no es menester que me lo agradezca. No lo he hecho en beneficio de usted, ni de Sylvia. Por algo instintivo decidí aplazar este asunto. Las copias y los clisés están en Singapur, en manos seguras. No se darán a la publicidad, en tanto yo no lo decida...

Por primera vez, el semblante de Drida se iluminó de honda satisfacción. Sus ojos pardos resplandecieron, magníficos.

—¡Eso es algo más que una noticia agradable, señor Rodgers! —exclamó la muchacha, mirando por primera vez al periodista con una cordialidad que a este llenó de confusión.

—Pero... o yo no he comprendido bien, o usted se excede en sus esperanzas —objetó Guy, verdaderamente preocupado—. El que yo no publique la noticia no quiere decir que, a los que verdaderamente les puede afectar que usted haya sobrevivido, no estén enterados. Han sido muchos los que han presenciado su

salvamento. ¿Cree usted que nadie va a comentarlo apenas lleguen a tierra? ¿No supone usted que en Macao y en Hong Kong haya oídos atentos?

—Desde luego. Pero nadie más que usted, ha llegado a hacer conjeturas peligrosas. El capitán, el primer oficial y el doctor, al entrever de qué se trataba, me brindaron la máxima reserva. El fragmento del «lobong» era lo que más importaba. Si usted llega a dar la noticia de que pese a la tragedia que nos abrumaba, habíamos tenido tiempo de preocuparnos en llevar con nosotros un trozo de poste; y, lo que es muy probable, si llega a referirse a la disimulada cavidad...

—Pero están los cráneos. Todos los pasajeros los vieron...

—No tiene ninguna importancia. Todos los exploradores que persiguen fines como el nuestro, regresan a su punto de origen con cargas de este género. Incluso nada tiene de particular que nos hubiésemos llevado un par de esos postes sagrados. Están tallados y pintados con características suficientes para despertar interés cultural. Pero un periodista de la imaginación de usted, que se encuentra de pronto con un secreto como el de esa caja disimulada, y sus significativas huellas... ¿Adónde hubiera ido a parar usted con sus deducciones? ¿Cuántos reportajes pensaba hacer sobre este asunto?

Guy se encogió de hombros.

—No sé. Desde luego tenía intención de sacarle partido —confesó con sinceridad.

La muchacha se quedó mirándole fijamente.

—Se le brinda una ocasión para que esos reportajes adquieran un nuevo interés —dijo ella hablando pausadamente—. En el Cuartel General, al saber que su intención era venir aquí, se han apresurado a darle toda clase de facilidades, procurando que usted no se apercibiera... En el departamento ha producido esto una sensación de alivio, y todos me han asegurado que esto es un buen augurio.

—¿El qué? —preguntó el periodista.

—El que usted, por propia iniciativa, haya venido aquí, al sitio más a propósito para empezar la tarea.

Instintivamente, Rodgers retrocedió unos pasos, como si tuviese la sensación de que lo acorralaban. Miró alternativamente al

coronel y a Drida.

Anthony permanecía concentrado, dejando traslucir a su semblante algo de la actividad que se estaba desarrollando en su mente. Todo daba a entender que eran ideas vivas, llenas de vigor, completamente optimistas. Al darse cuenta del recelo con que Rodgers le miraba, manifestó:

—¡Sí, Guy! ¡Tú mismo te has metido en el cepo!

Soltó una carcajada y agregó:

—Tengo autorización del mando para poner a tu disposición cuantos hombres y material necesites...

El periodista apretó las mandíbulas y miró hoscamente a su amigo:

—Pero, ¿es que crees que voy a aceptar semejante responsabilidad?

El coronel Reed no le contestó. Volviéndole tranquilamente la espalda, dijo, dirigiéndose a la muchacha:

—Cuando quiera, puede empezar a exponer el plan.

Lo dijo en tanto le ofrecía el paquete de cigarrillos que acababa de sacar. Después que Drida hubo cogido uno, ofreció a Guy. Este rechazó con un gesto.

La muchacha, con el cigarrillo encendido en los labios, se quedó mirando hacia la puerta, donde fulgía una irresistible lámina de sol.

—De momento bastará con que el que tenga que hacerse cargo de este asunto, se traslade conmigo a Siam —empezó a decir Drida, entornando los ojos, heridos de sol—. Precisamente a Bangkok.

CAPÍTULO VI

Hasta hacía muy poco, Bangkok, la capital de Siam², era el sitio ideal para los contrabandistas de todas las categorías y géneros. Cualquier punto de la gran ciudad; el «hall» de un hotel, donde los tipos raciales más dispares aparecían enfundados en trajes del más puro estilo occidental; la atmósfera cargada de humo y griterío de cualquier bar; cualquier casucha de madera a orillas del Menam, podían servir de marco y plataforma para un trato en el que se mencionaban enormes cantidades de armas cortas; también fusiles y ametralladoras, incluso cañones.

Juncos y sampanes, veleros dotados de motor, elegantes yates se acercaban a cualquier embarcadero siamés para soltar su arsenal. Por aquel entonces el caucho y la copra escaseaban, y eran buena moneda para pagar las armas de fuego. Luego, a medida que las restricciones en la importación y exportación de estas materias primas fue regularizándose en Indonesia, quedaron dos solas monedas: el dólar y el opio.

Por varios motivos era preferible esta última. La droga, a medida que avanzaba hacia Occidente, aumentaba su valor. Por otro lado, muchos de los compradores de armas tenían su «banco» a las espaldas, en las altas montañas en las cuales combatían a veces. Allí cultivaban la adormidera, organizaban sus guerrillas, planeaban incursiones...

Cuando Guy Rodgers y Drida Wahlner llegaron a Bangkok, la época del trato abierto, a la luz del día, bajo la mirada tolerante de la policía siamesa había pasado. Siam se había dado cuenta de que se hallaba dentro de un peligroso cerco de fuego. Por algún tiempo, el tener todas las fronteras asomadas a la guerra, constituyó una colosal fuente de riquezas.

No eran solo las armas, sino los trenes repletos de arroz, medicamentos, sal, lubricantes... De haberse podido llevar una contabilidad exacta de cuantas mercancías habían entrado en Siam en un período de dos meses, habríase podido creer que con aquellos

sesenta días se habían abastecido para largos años.

El país de los hombres libres, que acogía a todos sin preguntarles quiénes eran, ni qué propósitos llevaban, se encontraba de pronto con que la oleada del Viet Minh arrasaba Laos y alcanzaba la frontera natural del río Mekong. Por el norte, Birmania se retorció haciendo frente a los comunistas chinos, que dominaban algunas zonas del país y, por otro lado, con la preocupación de los doce mil guerrilleros nacionalistas, restos del ejército continental de Chiang Kaichek, contra los que se acababa de pronunciar la Comisión Política de la O.N.U. Estaba también Malaca...

Siam se daba cuenta de que debía aprestarse a la defensa si no quería que su torre libre saltase en pedazos. Y entonces procedió al traslado de millares de residentes desde las zonas fronterizas a regiones del interior, reforzando al mismo tiempo, las guarniciones avanzadas.

Fue Drida Wahlner quien más notó el profundo cambio que se había producido en el país, principalmente en la capital. Hacía muy poco tiempo que había estado allí, y aquel continuo patrullar de la policía, aquel estado de alarma que encontraban en todas partes, el recelo con que los acogieron en el hotel, hicieron exclamar a la joven:

—¡Me temo que no consigamos nada aquí!

—¿Esas tenemos? —replicó Guy, echándose a reír—. ¡Si a las primeras dificultades...!

—No es eso. Es que conozco los medios en que tenemos que desenvolvernos y sé que esa gente, al ver el cariz que han tomado las cosas, habrá levantado el vuelo. O lo que tal vez sea peor: que ahora se hayan colocado en la más estricta «legalidad», y denuncien nuestro juego.

Rodgers no dijo nada. Comprendía que lo que Drida acababa de apuntar era para preocuparles.

En el hotel apenas permanecieron el tiempo suficiente para asearse un poco y cambiar de ropa. Con el aspecto de dos perfectos turistas, se lanzaron a la calle, aparentando no llevar un rumbo fijo.

Pero poco a poco sus pasos fueron señalando una trayectoria determinada. En un principio demostraron interés por los maravillosos monumentos que en cualquier parte les salían al paso. Más, como buenos turistas, las calles céntricas, con su trazo

europeo, sus jardines cuidados, aquello que conocían demasiado en cualquier opulenta ciudad de occidente, fue dejado de lado y, naturalmente, fueron en busca de los barrios más pintorescos.

Por cualquier calleja, enjambres de chinos con sus tenderetes, en los que se hallaban expuestas las más extrañas mercancías; griterío de vendedores; chillidos de la chiquillería jugando, enredándose en las piernas de los viandantes... De pronto, la nota llena de majestad y belleza de alguna noble hindú con su rico manto pendiéndole de la cabeza; el fulgor del oro en las orejas, en la nariz, en los tobillos... O alguna graciosa birmana, cimbreada, de altas caderas ceñidas por una tela amarilla o encarnada, manteniendo en alto la mota brillante de su sombrilla lacada, dejando en su marcha una estela de garbo y coquetería...

Drida y su acompañante vinieron a desembocar en una callejuela sórdida, llena de charcos de agua malolientes, en la que apenas se veía a nadie.

—Es esa casa —dijo la joven, cuando llegaron a mitad de la calle.

Aquella vivienda tenía un aspecto tan sórdido como las otras. Lo único que la diferenciaba de las demás era el enorme cartel, en caracteres chinos, que colgaba de uno de los pilares que formaban la entrada, en el mismo punto donde arrancaba una difícil escalera que conducía al subsuelo.

—¡No podía fallar! —exclamó Guy, deteniéndose, para mirar sin ningún disimulo la fachada de la casa.

La muchacha pareció asustarse:

—¿Qué hace usted, Rodgers? ¿Se van a dar cuenta!

—¿De qué?... Tengo que leer ese cartel.

Se separó de la joven y fue a colocarse en la misma entrada. En una de las paredes laterales de la escalera, se veía un cartel en inglés y francés. Contenía unas cuantas frases rimbombantes expresando el contento de Oriente al verse honrado por la vista del occidental.

Una tufarada de pescado le hizo volver la cabeza. Un chino acababa de ponerse en cuclillas, junto a dos banastas repletas de un pescado blando, color de plomo. El chino, con la espalda arrimada a la pared y los brazos apoyados en las rodillas, tomó enseguida el aspecto de quien se halla entregado al sueño.

El periodista miró a Drida. También esta se había fijado en el chino.

—Juraría que esas banastas y ese olor nos han servido de cola durante un buen trayecto —manifestó.

Guy, volviendo al ledo de la muchacha.

—Yo pienso lo mismo.

—Pero como todos estos chinos nos parecen iguales, y banastas con pescado podrido hay muchas... no me atrevo a pensar que Bangkok nos haya concedido el honor de este acompañante, con su cohorte de moscas.

El periodista, apoyando ambas manos en la cintura, se quedó mirando descaradamente al asiático:

—¡Y se diría que de verdad se ha dormido!

Apenas lo hubo dicho tiró al aire una moneda. No llegó a tocar el suelo, porque antes la alcanzó el chino. Guy rompió a reír:

—¡Bien, amigo! Eso ya está mejor...

Cogió de un brazo a Drida y reanudaron la marcha por en medio de la calleja, sorteando los charcos. Cuando llegaron al final, antes de torcer, Guy volvió la cabeza. El chino y las canastas habían desaparecido.

—¡Me sorprende, Rodgers! —manifestó Drida, así que entraron en una calle más concurrida y vincha—. Se me antoja que no tiene usted mucho interés en que esto llegue a un feliz término.

—¿Por qué?

—Ya en Malaca perdimos mucho tiempo.

—Perdimos, no. Teníamos que efectuar preparativos...

—Inútilmente. Ya le dije que para los primeros pasos no hacía falta nada más que usted se decidiera a acompañarme aquí. Si hubiéramos salido cuando yo propuse, habríamos tenido la ventaja de encontrar este país más tranquilo. La ofensiva del Viet Minh contra Laos apenas habíase iniciado. Siam aún no se había dado cuenta del peligro que le amenaza... Ya ha visto las patrullas por esas calles. Es indudable que muchas ratas habrán saltado de sus madrigueras. Me temo que hayamos venido demasiado tarde. Y usted, lejos de parecer preocupado, diríase que se divierte.

—¿Por qué no? Todo esto me resulta pintoresco... por no decir infantil.

El gesto de asombro que apareció en el rostro de Drida, la

resentida mirada que ella le dirigió, hizo que él agregara, con seriedad:

—No se enfade... Pero si he de serle sincero, aún no me explico para qué hemos cruzado esa callejuela tan sucia.

—La casa que le he señalado es la que Nick Evoy nos indicó como uno de los más concurridos fumaderos.

—Pues a juzgar por el poco trajín que se ve en ella, no lo parece. Por la suciedad, sí. Los occidentales somos incapaces de imaginar un fumadero de opio en una avenida asfaltada...

—Desde luego, había mucha más gente cuando Nick, mi padre y yo pasamos por aquí. Y era aproximadamente a la misma hora. Eso me hace pensar que lo han cerrado...

Durante unos momentos permanecieron callados. De nuevo se estaban metiendo en las calles atestadas de tenderetes y de gente, donde el movimiento y el vocerío aturdían.

—¿Con qué fin les llevó Nick por esa calle? —preguntó el periodista.

—Él dijo que para mostrarnos un aspecto típico de la ciudad. Aunque mi padre, al verlo exclamó: «¡Amigo Evoy! Llevo muchos años visitando ciudades asiáticas...» Era muy cierto: pocos secretos podía encerrar Oriente que mi padre no hubiese entrevisto. No obstante Nick insistió en que nos fijáramos en la calle, y en la casa. «Quizá algún día tengan necesidad de volver aquí», dijo Nick Evoy. «¡Volver aquí! ¿Con qué fin?», inquirió mi padre, extrañado. Nick pareció un poco confuso. Luego manifestó: «Se reúnen ahí tipos dignos de estudio, profesor Wahlner»... Semanas más tarde, ya en la selva, cuando Nick efectuó su última visita a las islas próximas a aquella en que teníamos nuestro campamento; apenas los «coolies» lo dejaron sobre el lecho y se retiraron, Nick nos reveló su calidad de agente; aludió a esta casa y nos dijo que ellos eran los que llenaban la secreta caja del «lobong»... Lo demás ya lo conoce usted.

Rodgers conocía lo que ella había querido decirle; la confusión en que quedaron ella y su padre, ante el cadáver de Nick, quien acababa de hacerles poseedores de unas revelaciones de la máxima trascendencia para el Estado inglés. La lucha que mantuvo el profesor, entre proseguir sus investigaciones, volviendo la espalda a todo lo que no fuera su ciencia, o levantar el campamento y regresar a Mergui, para desde allí entrar en contacto con las

reservadas esferas del alto mando británico en Malaca. En esta indecisión ocurrió la rebelión de los «coolies». La diferencia de esta última versión, de la que Drida dio en el buque consistía en que el personal se soliviantó antes de partir. Al hacerse dueños de la goleta, el profesor, que se hallaba a bordo, fue arrojado al mar. Por aquellas aguas pululaban los tiburones. Drida se hallaba en un bote indígena que, impulsado por un birmano, dirigíase a la goleta, trasladando la caja de los cráneos. Tal vez esto fue la señal para la rebelión. Al ver a su padre en el agua, Drida lanzó un grito de terror. Sin darse cuenta de lo que hacía cogió el fusil y empezó a disparar, tanto contra los de la goleta como al agua, cada vez más revuelta... El birmano, mientras, desencajado por el terror, impulsaba la embarcación hacia donde se veía el profesor braceando desesperadamente...

Cuando consiguieron sacarle del agua, se hallaba ya horriblemente mutilado. Drida no reparó entonces en que la goleta se alejaba a todo motor. Quizá fue la confianza de que los tiburones acabarían con los que quedaban lo que les impulsó a alejarse, sin volver la cabeza. Influyó también el supersticioso temor que les infundían los cráneos.

Drida ordenó al birmano regresar a tierra. Este obedeció, pero apenas amanecía, se internó en la selva, y ya no volvió a aparecer.

Aquellas horas fueron las que más huella dejaron en el alma de la joven. El dolor acabó por anestesiarla. No recordaba exactamente el momento en que decidió hacerse a la mar. Tal vez fue la marea la que arrimó su hombro al bote arrancándolo de la arena y empujándolo mar adentro. Drida solo recordaba los pinchazos de sol en los ojos que la hicieron despertar, y el encontrarse en medio de una lámina tersa, inmensa, sin más apoyo que aquel viejo bote. Y allá, bajo la toldilla de popa, el cadáver de su padre... La sensación que la joven conservaba de aquel momento era que, aquel sol que había estado hiriéndole en los ojos, había conseguido abrirse paso y, ya dentro del cráneo, estallaba... Era lo último que recordaba.

—Usted quiere que yo luego vuelva a esa inmunda calle y, si es preciso que me meta en el fumadero —dijo Guy, paseando una mirada distraída sobre la multitud—. No tengo ningún inconveniente en hacerlo... Pero, concretamente: ¿Qué espera que yo consiga con ello?

Se habían metido en una calleja que desembocaba en un canal. Una abigarrada vista de embarcaciones que bamboleaban en el agua, sobre las que se amontonaban hortalizas, prendas de ropa, latas vacías... Era uno de los estrechos canales que cruzaban Bangkok, donde diariamente se celebraban mercados.

—Sé que si no consigo nada —prosiguió Guy, sin esperar que ella respondiera— lo achacaré al retraso con que hemos venido...

—¿Es que no es así?

El periodista sonrió:

—Yo creo que no. Aun viniendo en el momento en que usted dijo, lo que hubiéramos hallado en esa casa no habría revestido interés para nuestro asunto... Si los que llenaban la caja del «lobong» operaban en ese fumadero, es natural que a la menor sospecha levantaran el vuelo. Los que dispararon contra Nick Evoy escaparon, ¿no es cierto?

—Es de suponer...

—¿No cree posible que inmediatamente adoptaran otra táctica?

—No —contestó con resolución la joven—. Nick nos aseguró que los contrabandistas no llegaron a sospechar sus verdaderas intenciones. Creyeron que en realidad era un explorador, un importuno testigo, y decidieron desembarazarse de él. Dispararon, y Nick se escabulló en la selva, donde le aguardaban los «coolies». Volvió con ellos más tarde, a donde estaban los postes sagrados y mandó aserrarlos. Los «coolies» al principio pensaron resistirse, pero Nick los conminó, pistola en mano. Tenía una herida en el pecho, por la que sangraba enormemente, y temía que le impidiera llegar con vida al campamento... ¿Qué lo ocurre a usted?

Hizo la última pregunta al notar que Rodgers acababa de emitir un gruñido de sorna.

—Pero, ¿no comprende que los que fueran a recoger el contenido del «lobong», al no hallar los postes entrarían en sospechas?

—No, cuando las averiguaciones les cercioraran de que era una expedición científica la que había estado actuando allí. Estas visitas no son extrañas en esos lugares.

—Hum...

La muchacha le miró y vio que el periodista torcía el gesto, con marcado escepticismo. Una vez más sintióse disgustada de haber

escogido a aquel hombre como conductor de las pesquisas. En realidad, no podía decir que fuese ella quien le hubiera elegido, pues cuando citó su nombre en el departamento de información se encontró con que aquellos hombres ya tenían decidido que fuese Guy Rodgers. «Nadie mejor que él para un asunto como este, señorita Wahlner», manifestaron los jefes; «Al primer momento internará escabullirse... pero consideramos que tiene usted condiciones de sobra para impedir que se escape». Y aquellos graves señores dejaron que asomara a sus ojos una sonrisa que a Drida le llenó de confusión.

Muchas veces había recordado aquel momento, aquella sonrisa. ¿Qué es lo que quisieron insinuar los graves jefes británicos? ¿Qué la muchacha coqueteara con Guy, hasta ganárselo? Cuando pensaba esto sentía impulsos de romper con todo. ¿Qué le importaba a ella aquel asunto? Ni siquiera le cabía el consuelo de poder vengar la muerte de su padre en los mismos que la provocaron, pues era seguro que estos se habrían pasado al campo rebelde; la goleta no habría seguramente vuelto a su dueño... Nada sabía aún, porque estas pesquisas, por acuerdo de los jefes británicos, habían sido relegadas para el final, con el propósito de no levantar la caza.

—Creo que lo más acertado sería renunciar —dijo secamente la muchacha.

Guy pareció sorprendido por aquella salida. Se disponía a replicar, cuando a unos cuantos pasos de donde estaban ellos, empezaron a surgir voces coléricas, de un grupo de asiáticos situados junto a una casucha enclavada en el mismo borde del canal. Diríase a primera vista que era una de tantas trifulcas entre vendedores y compradores, muy estilo oriental.

Pero a los pocos segundos, como si alguien hubiese acercado una llama a un barril de pólvora, el grupo pasó, en un relámpago, de las voces a la acción. Y antes de que Guy pudiera prevenirse, vio cómo una oleada de asiáticos que parecían devorarse entre sí, se les echaba encima.

No pudo hacer más que abrir los brazos, amparando con su cuerpo a la muchacha, y retroceder, hasta situarse en la orilla del canal.

—¡Salte a esa lancha! —le ordenó Guy.

Y apenas lo hubo dicho, se vio arrollado por el enloquecido

grupo. Por unos instantes sintióse yendo a la deriva. Miró atrás y vio que la muchacha había saltado al bote inmediato, en el que había un muchacho siamés como único tripulante. Entonces Rodgers, como si adivinase, comenzó a dar puñetazos y patadas, y varios de aquellos individuos que parecían tocados de la locura de Amok, saltaron por el aire como muñecos impulsados por catapulta.

El cerco se rompió. Ahora era Rodgers quien precia enloquecido golpeando a diestro y siniestro. Y de súbito, como obedeciendo a una orden, los individuos que quedaban en pie echaron a correr calleja arriba.

El periodista no quiso entretenerse en examinar a los que habían quedado en el suelo. Como si por la calle hubiese asomado una patrulla de policía y él tuviese algo que temer, saltó a la barca en que estaba Drida y arrojando unas monedas al muchacho siamés, le indicó con ademanes que impulsase la nave río abajo.

El chiquillo no parecía desear otra cosa. Miraba asustado a los individuos tendidos en tierra, y al revuelo que se había producido en aquellos alrededores. Cogió la pértiga y, hundiéndola en el barro, apartó la nave de la orilla y al momento se deslizaba a favor de la suave corriente. Pronto, en el sitio en que había ocurrido la algarada, quedó arremolinado un verdadero laberinto de embarcaciones, pero la nave del chiquillo ya se hallaba fuera del área de los curiosos.

Guy, así que se vieron fuera del atolladero, se sentó en la borda, oprimiéndose con ambas manos un costado. Drida no parecía aún haber salido de su estupor. ¡Todo había ocurrido tan rápido, tan inexplicablemente!...

Al sorprender un gesto del periodista, pareció despertar:

—¡Rodgers! ¿Le ocurre algo?

—Oh, nada —rio este—. Alguno de esos malditos que me ha dado un cabezazo.

En ese momento se acercaban a una escalinata que empalmaba con una ancha calle.

—¡Arrímate ahí! —indicó Rodgers, apartándose una mano del costado para hacer señas.

El chiquillo obedeció. Guy salió de la barca, y enseguida la joven. Le echaron otra moneda y el muchacho se quedó en el centro de la barca despidiéndoles con incesantes reverencias.

Por la ancha calle anduvieron al principio bastante deprisa, pero poco a poco Guy fue quedándose rezagado. Llegó un momento en que le fue imposible disimular y se paró, apoyándose en una pared, intensamente pálido.

—¡Drida! Llame a un coche de alquiler... La esperaré aquí.

—¡Rodgers!

La muchacha miraba espantada la mancha de sangre cada vez más grande, que traslucía su ropa.

—Pero, ¿está herido?... ¿Cómo usted...?

Sabía que Guy llevaba pistola. ¿Por qué no la había empleado?

—Haga lo que le digo... En esa avenida le será fácil encontrar un coche...

A unos cuantos pasos, la calle desembocaba en una de las más concurridas avenidas de marcado trazo occidental. La muchacha se alejó apresuradamente. Instantes después un coche se detenía en la bocacalle. Guy, lentamente, procurando no llamar la atención de los viandantes, había ido acercándose a la esquina.

Drida, inquieta, abrió la portezuela se apeó del coche y ayudó a subir al periodista. Ya el vehículo en marcha, dijo Guy:

—No se alarme, porque esto apenas es nada. Alguien equivocó la vaina de su cuchillo... Cuando lleguemos al hotel, llamaré a la Embajada británica y preguntaré por el nombre que yo le daré. Él se encargará de la cura... Por todos los medios hay que procurar que las autoridades siamesas no intervengan...

—Lo que no comprendo —manifestó la muchacha, tras un breve silencio— es que usted no haya recurrido al arma de fuego para espantarles.

—Es lo que seguramente esperaba quien les ha empujado sobre nosotros.

—¡Rodgers! —exclamó la joven, atónita—. ¿Es que usted supone que este «incidente» no ha sido casual?

—¡Ni hablar! Me di cuenta en el instante en que nos envolvían. Así y todo, no he podido evitar que me rozara un cuchillo.

Se hallaban ya cerca del hotel.

—Este país —prosiguió Rodgers— ha sido ideal para toda clase de negocios y estafas... tal vez porque todos temen sus tribunales de justicia. Nada más enrevesado que la justicia siamesa. Todos la evitan. Quizá el inductor del «incidente» perseguía que yo quedara

prendido en la telaraña judicial. Esto me hubiera mantenido inactivo durante un tiempo precioso... o me hubiera obligado a salir de Bangkok. Y eso es lo que menos deseo en estos momentos, porque creo que la cosa se está poniendo a tono.

Se detuvo el coche. Rodgers, haciendo un gran esfuerzo por disimular sus vacilantes pasos, bien cogido de un brazo de Drida, cubriendo con el cuerpo de la muchacha la escandalosa mancha de sangre que había en su chaqueta, cruzó el vestíbulo del hotel, metiéndose en el ascensor. Momentos después, Guy se dejaba caer en el lecho de su habitación.

Poco a poco la muchacha pareció ir revistiéndose de una nueva personalidad. Ya no se veían en ella síntomas de inquietud, ni de nerviosismo. Con mano segura ayudó al periodista a acomodarse en el lecho, taponó hábilmente la herida y solo cuando consideró que ya estaba hecho lo más urgente, procedió a la llamada telefónica, desde la misma habitación de Guy.

Este la miraba desde el lecho, la oía hablar por teléfono y notó que la imagen de la muchacha asustadiza, decepcionada, que había sido Drida en las últimas horas, quedaba borrada. En su lugar aparecía la de aquella que conoció en el barco: la muchacha cuya serenidad dejaba una sensación de frío.

La veía con el auricular pegado al oído, esperando inmóvil que el interesado acudiera al aparato, sin la más leve inflexión de la voz, las dos veces que habló dirigiéndose a dos personajes distintos. Y por fin:

—¿El doctor Mellow?... El señor Rodgers le necesita. Sí, es urgente.

En el momento en que dejaba el aparato, llamaron a la puerta. Drida, tras consultar con la mirada a Guy, fue a abrir. Apareció un botones. La joven mantenía la puerta medio cerrada, de forma que no se pudiera ver desde fuera el lecho.

—¿La señorita Wahlner?... Unos señores, que también se hospedan en este hotel, desean saludarla. Han estado llamando por teléfono a su habitación. La esperan en el «hall».

Se marchó el botones apresuradamente, como si el haber hallado a la hermosa joven en la habitación de su compañero de viaje, y al ver la forma con que ella mantenía la puerta, le dieran a entender que estorbaba. Ni siquiera esperó a que Drida le contestara.

La joven, después de cerrar miró a Rodgers:

—¿Oyó usted?

El periodista asintió.

—No me explico quiénes puedan ser —murmuró ella, pensativa.

—Hay un medio muy sencillo de averiguarlo. Vaya a verlos —dijo despreocupadamente él.

—Sí... Volveré antes de que venga el doctor.

Salió, resuelta. Efectivamente, no tardó en regresar. Pero ya toda la serenidad de que antes diera prueba, había desaparecido. Cuando Guy la miró al rostro, no supo si lo que se reflejaba en él era alegría o miedo.

—¡Rodgers! ¿Sabe quiénes están aquí? —preguntó, con emocionada voz, apenas hubo cerrado la puerta.

—Espero que usted me lo diga —respondió tranquilamente Guy, conteniendo un gesto de dolor.

—¡Sylvia... y Dag Hebbe!

Los magníficos ojos de Drida miraron con ansiedad el rostro de Guy, seguros de captar una manifestación de asombro. Pero el periodista permaneció inmutable.

—¿Han preguntado por mí?

La joven asintió, casi sin darse cuenta de la pregunta.

—¿Les ha dicho lo que nos ha ocurrido?

—No.

—Da lo mismo. Es muy posible que ya lo sepan... por lo menos, uno de ellos.

Tan rápidas se sucedían las emociones, que durante unos instantes la joven permaneció aturdida. Se apretó con los dedos las sienes, mirando tenazmente a un punto vago del suelo, y de pronto, mirando a Guy con ojos desmesuradamente abiertos, preguntó:

—¡Rodgers! ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué no le ha sorprendido esa visita?

Avanzó, hasta colocarse a la cabecera del lecho.

—Me temo que esta vez su desbordada imaginación falle, Rodgers... Esos amigos han coincidido en el mismo hotel. Solo eso...

Guy sonrió. Sentía deseos de soltar la carcajada, pero se lo impedía la herida.

—Y quizá estén aquí en viaje de boda... ¿No sabe usted si se han casado ya? —preguntó con marcada ironía el periodista—. Si no

recuerdo mal. Sylvia no parecía muy a gusto con esa boda...

Pero la muchacha no le escuchaba. Ahora era ella la que sentía su imaginación lanzada al galope. Sus ojos, súbitamente, adquirieron una vivísima luz.

—¡Rodgers! ¿Por qué retrasó usted tanto la salida de Malaca?

—Ya se lo he dicho: preparativos...

—Usted se ausentó del puesto de mando del coronel Reed para desplazarse a Singapur. Tardó usted algunos días en regresar. Nos dijo usted que había estado enfermo, y ahora me doy cuenta de que en ningún momento el coronel demostró impaciencia... ¿Estaban ustedes de acuerdo?

—Y lo seguimos estando —respondió Guy.

—No creo que usted estuviera enfermo. ¿Qué hizo tanto tiempo en Singapur?

—En realidad estuve allí muy poco tiempo. El necesario para desplazarme al aeródromo. Me interesaba tocar algunos resortes en Malaca y Hong Kong. Lo creí preferible a meterme en el nauseabundo fumadero por cuya calle hemos pasado hoy... Por lo menos ya tenemos dos síntomas que me afirman en mi creencia: esta herida... y la visita que usted me acaba de anunciar.

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Puede que sea el doctor —manifestó Rodgers—. Una vez me haya asistido, veremos la forma de que Dag Hebbe y yo tengamos una entrevista... a solas. Usted y Sylvia ya se procurarán, mientras tanto, distracción por la ciudad. Deseo la máxima armonía entre ustedes dos... tal como Dag y yo nos vamos a esforzar para que entre nosotros ocurra lo mismo.

Cuando Drida abrió la puerta, quien apareció fue efectivamente el doctor Mellow, de la Embajada británica en Bangkok.

CAPÍTULO VII

Dag Hebbe irguió hasta el máximo su elevada y robusta figura. Crispó sus enormes manos y durante unos momentos parpadeó, como si el fulgor de un relámpago le cegara.

Guy Rodgers no le dio tiempo a que reaccionara. Tras una frase conminatoria, ensartó otra:

—¡Llegaré a extremos que usted no sospecha, Hebbe! ¡No lo dude usted!

Dag frenó su ira. Sus fríos ojos grises se animaron con un brillo irónico.

—No lo he dudado en ningún momento, Rodgers. Sé de lo que son capaces los periodistas con tal de dar carnaza al público... Y en este caso particular, conozco de usted lo suficiente para suponer hasta dónde puede llegar.

Guy, recostado contra las almohadas, sonrió.

—Exacto. Tampoco yo ignoro la... manga ancha de ciertos hombres de negocios asentados en estas latitudes. Es preferible así, que nos conozcamos... De esta forma tal vez evitemos la puñalada por la espalda.

Dag Hebbe enrojeció.

—¡Le he dicho que nada tengo que ver con lo que a usted le ha ocurrido! —refutó, a punto de estallar en cólera.

—Oh, no se incomode, amigo Hebbe, No me refería a este rasguño. Hablaba en pura metáfora. Si usted tuviera que ver algo en ello, no se hubiera desarrollado de manera tan torpe. De eso estoy bien seguro. Usted es mucho más hábil... Existen precedentes que así lo demuestran.

Hizo una intencionada pausa. Los ojos grises de Dag Hebbe se avivaron de nuevo. Pero ahora no era un brillo irónico, sino algo lleno de alarma.

—Por ejemplo, la eliminación de Hsio Mink fue un golpe maestro. Se barajaron bien las rencillas políticas... y usted se vio libre de un temible competidor, al mismo tiempo que era felicitado

por mis compatriotas en Hong Kong, incluyendo al gobernado... Esto ocurrió hace cinco años, aproximadamente, ¿no es cierto, mi querido amigo?

Rodgers pareció quedar pensativo.

—Sí —prosiguió, sin mirar a Dag—. Creo que muy poco después se produjo un hecho bastante curioso. El alto mando francés en Indochina, y el nuestro, en Malaca, parecieron extrañarse de que entre los rebeldes capturados se encontrase cierto tipo de armas y municiones, no precisamente rusas, puesto que esto no podía extrañar a nadie, sino... demasiado occidentales.

Hebbe hizo crujir la silla, por el brusco movimiento que hizo al levantarse.

—¡Por ese camino no conseguirá nada, Rodgers! —rugió, fuera de sí—. Se está usted pasando de listo.

—¿Qué le ocurre, Hebbe? Déjeme terminar... No interprete mis palabras como una acusación directa a usted. Sé que por aquella época usted se dedicaba a la adquisición de copra y caucho, pasados de matute, naturalmente, pero esto no tiene nada de particular. Eran muchos los que lo hacían y usted tiene a su favor que pagaba con limpios y legítimos dólares. No todos obraban así...

Dejó un silencio. Dag volvió a sentarse, ya más tranquilo, mirando al repórter con viva curiosidad.

—También creo que por entonces llevaba usted otro negocio bueno, ¡otros varios! Pero el que ahora nos interesa se refiere a la «protección» de los «mokes». ¿No se llama «protección»? Usted tenía agentes chinos y birmanos que adquirirían las licencias de pesca...

—Que sus mismos compatriotas facilitaban —apuntó intencionadamente Dag—. Digo, el gobierno colonial británico...

—Le he entendido, amigo Hebbe. Mis compatriotas facilitaban esas licencias, mediante subasta... Hombres como usted adquirirían varios de esos permisos, botaban unos cuantos veleros y lanchas a motor e iban en busca de los «mokes», para que a cambio de arroz y opio les llenaran las naves de perlas, madreperlas y otras zarandajas...

En la dura boca de Dag se trazó una torcida sonrisa.

—¿Y eso le molesta?

—¡Nada de eso! No hago más que admirar sus dotes de hombre de negocios. Desde su confortable despacho de Hong Kong o Macao,

usted movía a toda una infinidad de seres y barcos... Solo que algunas naves escapaban a su control. Esto es lo que quiero señalarle ahora. Algunas de sus lanchas no le liquidaban con perlas u otros productos del mar, sino con algo situado muy tierra adentro: con cabezas de adormidera...

Hebbe permaneció impertérrito.

—Es extraño que usted no se preguntara nunca cómo diablos unas naves que salían de pesca, regresaban con opio. O tal vez es que usted no quiso profundizar nunca... Pero yo sí. En la visita que le hice recientemente en Macao, le preguntó si cuando Nick Evoy estuvo en su casa, en compañía del profesor Wahlner y su hija, sabía usted que mi compatriota, más que un etnólogo, era un agente del «Intelligence»...

—Y le contesté que no.

Guy torció el gesto:

—Sin embargo, en el departamento de información de Singapur existe una de las últimas notas enviadas por Nick Evoy, en la que se apunta que quizá usted no apoyaba la expedición del profesor Wahlner con toda la buena fe que parecía a primera vista...

—¡Eso es inicuo! —saltó Dag—. Para mí el profesor Wahlner ha sido uno de los hombres que más he admirado y he querido...

Llameaban sus ojos. Y pronto se vio en ellos un brillo de lágrimas.

—¡Si por culpa de usted Drida llegara a creer que yo les mandé a la muerte!...

Trémulo, como enloquecido, se levantó y avanzó sus enormes manos hacia la garganta del herido. Este no se movió. Sonriendo, dijo:

—¡Vamos, Hebbe! Serénese... Usted es incapaz de atacar a un hombre indefenso...

Dag reaccionó enseguida. Retrocedió a su asiento y miró al periodista con nueva curiosidad.

—Ha conseguido usted lo que muy pocos han logrado: ponerme frenético. Tendré que aceptar, al fin, que le asiste un poder diabólico —manifestó, entre bromas y veras.

—Nada de eso. Simplemente que le suelto las riendas a la imaginación y miro el polvo que levanta en su trote —respondió tranquilamente el repórter.

—¿Qué diablos quiere usted de mí? —preguntó en tono impaciente Dag—. Pero dígamelo sin rodeos, concretamente...

EDUARDO C.



En efecto, alguien la seguía

—Primero es necesario que concretemos una responsabilidad. Una falta en la que usted ha caído, como tantos otros occidentales. Podemos llamarla desidia, el dejar hacer sin querer averiguar el verdadero origen de algunas pingües ganancias. Algunas de sus embarcaciones han servido para el tráfico de armas. Armas que han ido a parar a los rebeldes de Birmania, de Malaca, de Indochina... También a los piratas que pululan por los estrechos. Mucha sangre de occidentales ha sido derramada con esos instrumentos... pero ustedes mantienen la conciencia tranquila porque quieren ignorar su complicidad.

—En nada me afecta esa cuestión —replicó el otro, en tono despectivo—. Hace ya tiempo que no depende de mí ni siquiera un mal bote.

—Es cierto —afirmó Guy, sonriendo—. Hace algún tiempo que usted ha entrado en la... «legalidad». Poco más o menos, el tiempo que conoce a Sylvia.

De nuevo llamearon los ojos de Dag:

—¿Querrá no mezclar su nombre en esto?

—Perdón. ¿Le he molestado? Ha sido sin querer... Para mí, Sylvia es una excelente amiga.

Se encontró con la mirada de Hebbe. Una mirada tan dura y amenazadora, que Guy no pudo menos que preguntar:

—¿Qué le sucede?

—Un poco elástico el concepto que usted tiene de la amistad, Rodgers —respondió sordamente—. Una de sus amenazas es publicar la foto en que aparece Sylvia junto al cadáver del profesor Wahlner. Usted no ignora que a ella le desagrada.

—¿A ella o a usted? Conozco a Sylvia... Además, lo que yo solicito de usted también se relaciona con la amistad. Usted me acaba de asegurar que admiraba al profesor Wahlner, y que le quería... Yo le creo. Es más: me siento seguro de que usted no contribuyó a su muerte. En todo caso su responsabilidad obedece a pura ignorancia. La misma ignorancia que le impidió saber que muchos eslabones de su cadena de lanchas andaban sueltos. La misma protección que prestó usted a la expedición del profesor, quiero que preste a la que ahora encabeza su hija. Ya se lo dije en Macao. Pónganos en contacto con uno de sus antiguos agentes en Siam o en Birmania. Méтанos en la rueda, sin enseñar las orejas, y

no se preocupe de lo demás.

Hubo un largo silencio. El rostro de Dag Hebbe daba señales de una gran preocupación. Guy hacía como que no se daba cuenta, como quien no tiene prisa por la respuesta.

—Lo que usted me pidió en Macao —empezó Dag, mirando, ceñudo, al suelo— procedí a hacerlo. Nos hemos trasladado a Bangkok para, con mi presencia, darle más verosimilitud al asunto. Al llegar aquí tenía la esperanza de que esto quedaría zanjado satisfactoriamente entre usted y yo. Pero...

Se interrumpió. Lentamente levantó el rostro y sus ojos buscaron con toda franqueza los de Rodgers.

—Aquí han cambiado mucho las cosas. Gentes que yo esperaba encontrar han desaparecido. Luego... el «accidente» sufrido por usted hoy... No quiero ocultarle que, apenas lo he sabido, lo he interpretado en el mismo sentido que usted. Alguien ha tenido interés en enredarle. Si es así, sé de dónde viene el golpe, y eso solo demostraría que nos han descubierto el juego.

—¿Se había ya confiado usted a alguien?

—Confiado hasta cierto punto. Yo me limité a exponer el asunto tal como usted me lo sugirió: una expedición científica encabezada por la hija del profesor Wahlner, quien quería proseguir las investigaciones de su padre, trágicamente interrumpidas... Pero me temo que haya sido una equivocación haber mencionado a Drida en este asunto. Tal vez eso les haya hecho recelar.

—Es lo mismo que piensa ella —respondió Guy—. Yo, sin embargo, es en lo que más confío. Una muchacha y un periodista que no oculta su profesión; tres o cuatro acompañantes más, de aspecto inofensivo, no es para que los contrabandistas del archipiélago de Mergui se pongan a temblar.

—Ju Tsai es zorro viejo —murmuró Dag, en actitud pensativa.

—¿Alguien importante? —inquirió el repórter.

Hebbe sonrió, triste:

—Hasta hace puco, la organización más fuerte en esta complicada trastienda que siempre ha sido el reino de Siam. Pero parece que las cosas han cambiado. Muchos núcleos de procedencia china han sido internados, o deshechos, ante el temor de que colaboren con los ejércitos de Ho Chi Minh... Puede que Ju Tsai haya creído prudente ocultarse en la sombra, a la espera de que esta

fiebre de precauciones del gobierno siamés se apacigüe... No sé. Pero la comunicación que establecí con él desde Macao, al llegar aquí la he visto rota. No ha habido forma de conectar con él.

Durante unos momentos los dos permanecieron callados.

—Drida ha insistido mucho en el fumadero de opio de que le hablé en Alacao —dijo Guy—. ¿Lo cree usted de interés?

—Ahora ya no. Por ese garito pensó en Ju Tsai. Casi todos los que existen en Bangkok dependen de él. Los utiliza —más bien los utilizaba— como tapujo de otros negocios.

—¿No cree que también los empleaba como medio de soborno?

—De rechazo, no digo que no. Pero Ju Tsai tiene recursos de sobra para adueñarse de las voluntades más fuertes, sin necesidad de recurrir al opio. El sistema de la droga solo lo emplea con elementos como los «mokes», en quienes el oro o las mujeres no surten ningún efecto. Fue eso lo que me empujó a renunciar al negocio de pesquería en las islas de Mergui. Ju Tsai se mostró muy interesado en esa explotación y a mí este asunto me pesaba un poco... aunque usted tal vez mantenga sus reservas. Todos mis derechos se los pasé a Ju Tsai.

—Gracias, Hebbe —dijo el periodista.

Dag le miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque cuanto usted ha dicho coincide con lo averiguado por el departamento de información. Me complace saberlo a usted de nuestra parte... aunque solo sea en recuerdo a su admirado amigo el profesor Wahlner. Quiero hacerle una sugerencia. En el estado de alarma en que se encuentra el país, creo que vamos a conseguir poco aquí. A las primeras de cambio nos vamos a ver enredados en cualquier medida del Gobierno. Me propongo salir de aquí y... ¿Por qué no...?

Se interrumpió, con los ojos cada vez más brillantes por efecto de la idea que se estaba perfilando en su mente.

—¿Por qué no, Hebbe?... Puesto que sus embarcaciones pasaron a manos de Ju Tsai, ¿no cree que habrá quedado algún antiguo patrón?

—Indudablemente —respondió Dag—. No es fácil sustituir a un marino experimentado en aquellas islas, tan llenas de dificultades...

Y al mismo tiempo que contestaba, él mismo se iba animando,

adivinando el punto a donde el periodista iría a parar.

—¿No cree usted tener ascendiente en alguno de esos patrones? ¿Alguien que le merezca absoluta confianza?

Durante unos momentos, Dag permaneció reconcentrado y no pareció haber oído. Y de pronto:

—A Toa Hkun, el birmano, lo salvó de la horca Tal vez si el opio no ha acabado con él...

En ese momento sonó el teléfono. Dag miró al periodista, como pidiéndole autorización para coger el auricular.

—Sí. Haga el favor —manifestó Guy.

Durante unos instantes, Rodgers vio erguida la robusta figura de Hebbe, con el auricular pegado al oído, mirando distraídamente a la pared. Y de pronto, todo en él pareció romperse.

—¿Cómo?... ¿Qué?...

Su talla se redujo de manera inverosímil, como si los miembros, provistos de muelles, se encogieran por efecto de un gran peso. Su rostro había quedado sin sangre, adquiriendo un matiz verde.

—¿Qué sucede? —preguntó Guy, a punto de saltar del lecho.

En ese momento Dag respondía, con trémula voz:

—¡Bien... bien! Voy enseguida.

Dejó caer el auricular. Dirigió al periodista una mirada turbia.

—El taxi en que iban Sylvia y Drida ha sido arrollado por un camión.

Ahora sí que saltó Rodgers de la cama.

—¿Qué?...

Notó que se quedaba sin pulso y sin voz.

—Sylvia me asegura que no les ha ocurrido nada. El chofer es el que está muy grave. Me llaman para que resuelva las pegas de la policía.

—Le acompaño...

—No —le cortó el otro, rápido—. Quédese aquí, y permanezca alerta. Creo, como usted, que debemos salir del país cuanto antes... ¡Hasta muy pronto, Rodgers!

Ya estaba Dag saliendo, cuando Guy le detuvo:

—¡Hebbe! Cuando las vea, dígle a Drida que me llame. Quiero convencerme por ella misma... de que nada le ha ocurrido.

Dag pareció entonces descubrir algo en los ojos de Guy, que le llenó de alegría.

—¡Descuide, Rodgers!

Y salió. En tanto bajaba por la escalera, multitud de ideas negras se desvanecieron. «¡Sylvia me dijo verdad!»

Lo que Dag ignoraba era que Sylvia le dijo una verdad a medias. Que Guy se sentía atraído por Drida.

Nada dijo de lo que Sylvia sentía por el periodista.

CAPÍTULO VIII

Para Sylvia Murphy la aventura ya había perdido interés. Tres semanas en aquellas islas eran más que suficientes para que un espíritu inquieto como el de ella se hastiara.

Algo más existía en el fondo de aquel disgusto. Si bien fue ella la que instó a Dag Hebbe a tomar parte en la expedición, fue por algo más que por curiosidad. Lo hizo por un motivo que ella misma no se atrevía a mirar de frente. Entre todas aquellas nebulosidades, con repentinos cambios de humor, existía la esperanza de que Guy Rodgers sentiría su influjo, como lo experimentaba Dag.

Y nada de ello ocurría. Por el contrario, Rodgers parecía cada vez más ausente, absorbido por su obsesión de recorrer una isla tras de otra. Alguna vez Sylvia les acompañó. Pero al regreso de cada una de aquellas excursiones solo trajo un alma decepcionada, unos miembros fatigados y la piel, aquella su finísima piel, arañada por venenosos espinos y reseca por aquel sol inclemente.

A no ser porque Dag se desvivía por atenderla, Sylvia se hubiera considerado sola. Guy y Drida, aun estando con ellos, parecían vivir en un mundo aparte. La artista les espiaba, con verdadera obsesión. Estaba segura de que ninguno de los dos se había dicho nunca nada ajeno a la misión que les había llevado a aquellas malditas tierras. Los dos permanecían entregados a la absurda tarea de recorrer islotes, perderse en tupidas selvas, para luego regresar al yate y pasarse horas y horas haciendo números y trazando rayas sobre un enorme plano.

Muchas noches, Sylvia había permanecido desvelada en su camarote y les había oído salir a los dos del cuarto de trabajo. Percibió sus pasos lentos, cansados, y la despedida escueta: «Que descanse, Drida». «Igualmente, Guy». Nada más que eso. El yate ya hacía horas que navegaba y al romper el día tal vez se hallaban anclados ante una nueva bahía, llena de bancos de arena, pétreos arrecifes y marismas de manglares. Otra salida del grupo expedicionario, y para los que se quedaban a bordo, horas y horas

de aburrida espera.

Una vez, la artista tuvo ocasión de ver de cerca a los dichosos «mokes», de los cuales tanto había oído hablar, y su interés quedó defraudado. Unos tipos ateizados, sucios, terriblemente sucios, que cometían la ironía de huir de todo forastero, como si este les fuese a contaminar.

Ahora mismo, desde la cubierta del yate, Sylvia divisaba en la bahía a un grupo de embarcaciones «mokes». Aquella mañana había oído decir a Rodgers que aquella población flotante se guarecía porque el monzón del Sudoeste, el portador de las lluvias, estaba cerca. La artista no pudo entonces contener su mal humor, y preguntó a Dag, de manera destemplada, por qué no daban por terminada aquella absurda travesía.

—Porque aún no ha terminado, querida.

La excesiva amabilidad con que Hebbe le contestó, acabo de excitarla. Entonces se produjo una escena que para muchos fue inesperada. Sylvia insultó a Dag. Gomo si durante mucho tiempo hubiese mantenido oculto en el fondo de su alma un odio inexorable hacia él, y la ocasión de manifestarlo hubiera llegado, Sylvia empezó a lanzar a la cara de su futuro marido todo lo que sabía o suponía de él: la obscura procedencia de sus riquezas; su «alma de negrero»; su pretensión de coronar su carrera con un nombre y una belleza mundialmente deseada: la de Sylvia Murphy.

Dag apenas replicó. Por un momento, las frases de brutal desprecio que le dirigió la artista, parecieron enervarle. Luego, se repuso. Se volvió tranquilamente a mirar al birmano que dirigía todos los desembarcos: «¿Todo listo, Toa Hkun?» Este asintió con movimientos de cabeza, en tanto sus ojos brillantes, borrachos de opio, dirigían una fugaz mirada a la mujer blanca que con tanta ferocidad acababa de azotar a su amo, al hombre que un día le libró de la horca.

En esta escena, Guy y Drida permanecieron callados. Rodgers esperó a que todos los que tomaban parte en la excursión estuviesen en los botes. Entonces pretextó haber olvidado algo y regresó a los camarotes. Tardó poco en aparecer. Sylvia, en tanto, se había situado en la toldilla de popa, dando la espalda al grupo.

Dominaba un silencio pesado, cargado de calor y de ánimos tensos. Los botes comenzaron a partir, buscando la entrada a la

bahía, sembrada de bajíos. Allá, en la popa del lujoso yate, quedó Sylvia, con aquel tenue vestido que la desnudaba más y que el viento pegaba a sus miembros, esculpiéndola, convirtiéndola en algo tan fascinador como el esplendor de la selva, y en algo tan exasperante, tan terrible, como la misma selva y como aquel sol enloquecedor.

Sylvia sabía entonces que cuantos iban en los botes la miraban. En todas las salidas, estos eran los instantes en que ella volvía a sentirse en primer plano. Aparte de Dag y Rodgers, había otros hombres blancos en el grupo. La expedición tenía un aspecto tranquilo, inocente. Quizá Sylvia estuviese equivocada. Nadie le había explicado nunca qué hacían durante tantas horas en la jungla. Sabía que salían con pesados paquetes y que casi siempre regresarían sin ellos. Posiblemente no fuesen tan inofensivas esas excursiones. Si tenían su peligro, mejor para los oscuros anhelos de Sylvia. Todas las veces les despedía poniendo al viento su estudiada desnudez, para que todos los hombres se internasen en la selva heridos por su imagen.

Pero aquella mañana Sylvia se puso de espaldas. Y no vio la forma con que Dag miró a los hombres que le acompañaban y, enseguida, la manera con que dirigió hacia ella sus ojos grises. Tal vez entonces hubiese experimentando la sensación de que dos cuchillos malayos gruñían en el aire y se le clavaban en la espalda.

Esta sensación de peligro la percibió después, precisamente cuando el malhumor ya casi se le había pasado. Al entrar en su camarote, encontró una nota escrita por Rodgers. Fue para escribirla por lo que pretextó haber olvidado algo en el momento de salir.

«Acabas de cometer la mayor torpeza de tu vida.
Dag te quiere como tú no te mereces. Esta vez lleva
cuidado, porque has dado con el *hombre*».

Por dos veces leyó la nota. Luego, la estrujó y, convirtiéndola en una bola, la tiró al mar, por el ventanillo.

Para Sylvia, las horas de aquel día transcurrieron con idéntico ritmo al de otras jornadas. Se bañó; estuvo largo tiempo ante el espejo; subió a cubierta y se sentó bajo una toldilla, a hojear

revistas; bajó al camarote, se acostó, para levantarse a los pocos minutos y volver a cubierta... El tedio la mordía, la aniquilaba.

A media tarde empezó a producirse algo nuevo. Aquel viento casi quieto, henchido de fuego, como el aliento de un horno, dio un viraje. Pareció que de repente la cubierta del yate abría sus ventanales y la atmosfera viciada de toda una multitud que no existía, quedaba ahuyentada.

La artista se recostó contra la borda mirando hacia la parte de poniente. Absorbía con fruición el húmedo viento, dejándose envolver por él, y nunca una caricia amorosa le produjo un placer más intenso y al mismo tiempo más tranquilo y hondo. De pronto, como si en lo alto hubiesen corrido unas cortinas negras, el sol comenzó a apagarse.

Grandes y espesos nubarrones emergían por el horizonte, como un telón o cuchilla invertida que cortase todos los cables conductores de aquella potente luz.

Alguien acababa de subir al yate. Se volvió, y a unos pasos de ella encontróse a Dag, que la miraba de una manera fría, distanciada.

—Métete en el camarote y no salgas en tanto no te lo «autorice» —dijo él, con voz cortante.

La artista, más por el tono que por la orden, se sintió de nuevo irritada. Minutos antes parecía dispuesta a hacerse perdonar por Dag la desagradable escena de la mañana. Pero la forma con que él se le presentaba le hizo pensar en la nota de Rodgers. «...Ten cuidado, porque has dado con el *hombre*». ¿De veras?

Y Silvia se le quedó mirando, desafiándole, curiosa por ver la reacción que producía.

No llegó a pronunciar palabra. Dag, como si adivinase lo que ella buscaba, o no queriendo perder tiempo, se dispuso enseguida a satisfacer su curiosidad. Avanzó unos pasos, y cogiéndola de un brazo, estrujándoselo, la empujó violentamente:

—¡Te he dicho al camarote! ¡Pronto!

Sylvia se sintió lanzada contra la puerta que daba entrada a los camarotes. Emitió un grito, mezcla de cólera y dolor. Sus ojos garzos miraron, secos, a los de Hebbe. Este había empalidecido y su potente pecho alentaba con fuerza, pronto a estallar.

—¿Qué significa esto? —preguntó, con destemplada voz, la

artista.

No se dio cuenta de si Dag respondía. En ese momento tuvo la sensación de que todo a bordo estaba cambiando. Tanto los que durante el día habían permanecido en el barco, como los que acababan de regresar de la excursión, se bailaban en cubierta entregados a una febril actividad. Unos se dedicaban a izar a toda prisa la escala de portalón y los botes que acababan de utilizar los que venían de tierra. Nadie miraba hacia el sitio en que estaban Sylvia y Dag. Nadie pareció darse cuenta de ellos, o ninguno consideró que aquella escena mereciese apartar la atención de lo que estaban haciendo.

Sylvia se dio cuenta de que no todos los hombres habían regresado. Tampoco la muchacha... Iba a preguntar por ella, y por Rodgers, cuando una fugaz y deslumbrante llama, seguida de un pavoroso trueno, borró cuanto tenía en su mente. Instintivamente miró hacia el sitio en que se había producido el chispazo y encontró todo el azul cerrado, convertido en una coraza de plomo sucio. Un caparazón que al instante quedó cruzado por múltiples venas luminosas, inquietas, fantásticos dragones de fuego que parecían llevar consigo el desplome de ingentes montañas.

El mar comenzó a llenarse de gibas exageradamente puntiagudas, como si fueran a convertirse en géiseres. Cada relámpago era un abrir y cerrar de ojos a un mundo en llamas. Los truenos se sucedían en horribles andanadas, demoliendo un paisaje minutos antes tranquilo y lleno de color. Aumentaba la fuerza del viento y la cabellera verde de la próxima isla comenzó a agitarse, como si millares de brujas se entregasen a uno de sus frenéticos aquelarres.

Sylvia, al fijar de nuevo los ojos en Dag, sintió frío. Nunca lo vio tan lejos, y nunca quizá sintió mayor interés por él. En silencio volvió la espalda y se dirigió a los camarotes. En ese momento en cubierta empezó a chascar el azote de una gruesa lluvia.

Se oían aquí y allá los golpes sordos de las escotillas al ser cerradas. Por instantes el yate parecía una cosa más débil, algo que el agua zarandeaba sin el menor esfuerzo.

Al entrar Sylvia en su camarote, el ventanillo, que permanecía abierto, dejó paso a un ramalazo de viento y agua. Se apresuró a cerrarlo. Entonces el viento pareció enfurecerse, y contra el costado

de la nave empezó a dar trompazos acompañados de bramidos cada vez más fuertes.

La artista sentóse en el borde de la litera y con los codos apoyados en las rodillas y las manos en las sienes, permaneció largo rato inmóvil, abstraída. De pronto se incorporó. Acababa de oír a alguien en el pasillo. Sintió unos deseos incontenibles de hablar, de no estar sola... En el momento en que se disponía a levantarse llamaron en la puerta. Era el primer maquinista, un hombre de edad madura y de carácter alegre.

—Señorita Murphy: cuando vaya a encender la luz, tenga en cuenta de correr la cortina del ventanillo.

Esta advertencia, y el ver al marinero con un fusil ametrallador enfilado a un hombro, terminaron de alarmarla.

—¿Usted no ha tomado parte en la excursión de hoy? —preguntó la artista.

El marinero asintió, con un movimiento de cabeza.

—¡Si a lo de hoy se puede llamar excursión! En realidad, apenas desembarcar nos hemos quedado en los acantilados. ¡Valiente sitio al que hemos venido a parar! En mi vida he visto más esqueletos. Parece que los individuos de cierta tribu utilizan esta isla como cementerio.

—¿Y la señorita Wahlner? ¿Y Rodgers?

—Se internaren en la isla. Nos dividimos en dos grupos. El señor Hebbe y unos cuantos marineros nos quedamos en las rocas, a la vista de las lanchas de los indígenas.

—¿Por qué? ¿Qué ocurría en ellas?

—Ocurrir, nada. Precisamente por eso estábamos, y estamos, alerta... Usted no salga del camarote, oiga lo que oiga. Es orden del señor Hebbe. Ya lo sabe, señorita Murphy: corra la cortina si necesita encender la luz, aunque sería mejor que no la encendiera. Yo hago la guardia cerca de aquí. Si necesitara algo, no tiene más que dar una voz.

Sin esperar respuesta, el marinero echó a andar corredor adelante, perdiéndose en la penumbra. Sylvia cerró la puerta. Durante unos momentos permaneció inmóvil en medio del camarote. De vez en cuando el ventanillo se convertía en la boca de un cañón, soltando un foganazo en el interior de la cabina.

Con movimiento automático, abrió el cajón de una mesita

adosada a un mamparo. En el interior del cajón, el brillo negro de una pequeña «browning» captó luz de relámpago. Infinidad de veces la artista había tenido en sus manos artefactos como aquel; incluso los había disparado, sin temblarle el pulso, apuntando a personas... Pero era en las farsas de las películas, con cápsulas de pólvora.

Ahora no se atrevía a coger el arma. El choque con la realidad la sacaba de situación, convirtiéndola en un muñeco tembloroso y torpe.

* * *

El opio lo llevaba Toa Hkun, el patrón birmano, en una de las cartucheras. Aquella bola parda tenía tanta importancia, o más, que el paquete de cartuchos. Si durante la marcha de aquel día Toa Hkun no hubiese podido detenerse de vez en cuando y pellizcar la pegajosa bola; hacer con el pellizco una píldora que, envuelta en una hoja se introducía en la boca; sin todo esto, los ojos del birmano se hubieran ido apagando; sus brazos colgarían exangües; las piernas se hubieran negado a seguir. Y sus finos sentidos, alertas a cualquier cambio que se produjese en torno, habríanse dormido.

Todo ello hubiera resultado fatal para el grupo encabezado por Guy Rodgers. Ya aquella mañana, antes de dejar el yate, el periodista tuvo el presentimiento de que los acontecimientos iban a producirse en cadena. El período de las lluvias se les iba a echar encima, pero no era a los elementos a lo que se refería él. Algo sordo, dramático, incubado largo tiempo en la sombra, iba a estallar. El dédalo de islas del archipiélago de Mergui casi se había convertido ya en una maldición, no por las dificultades que presentaban para el desembarco ni por la pestilencia de aquellas zonas. Más bien porque el encuentro con el enemigo no se producía.

En multitud de islas e islotes dejaron los cepos preparados. Pero en la cabina de radio del yate, el receptor, siempre abierto, no acusaba nunca la señal.

Lo más desesperante era que Rodgers tenía el convencimiento de que el enemigo les iba a la zaga, pero nunca se dejaba ver.

Aquella mañana, antes de saltar de la litera, tuvo la sensación de que todo iba a ser distinto. Parecía estar en el aire. Los que se preparaban aquella mañana para desembarcar, lo hacían con una

excitación distinta a la de otros días, incluso en Sylvia repercutió aquella carga de electricidad. La forma con que se volvió contra Dag, solo era posible por la tensión del momento.

Las lanchas «moke» que se veían fondeadas en la bahía constituyeron la señal más evidente de anormalidad. Rodgers sabía que aquella tierra que iban a visitar era una isla de muertos y, a no ser porque los «mokes» hubiesen ido allí a dejar a uno de sus difuntos, nada había que justificase la presencia de aquellas embarcaciones.

No intentaron acercarse al grupo de lanchas, cubiertas de proa a popa por un tejadillo en forma de uve invertida, hechos de hoja de palma y cañas de bambú. Sabían que si eran «mokes» los que las ocupaban, ya habrían saltado a tierra internándose en la selva. Y si no eran ellos... Aquellas livianas casuchas podían ocultar toda clase de sorpresas.

Rodgers decidió que se dividieran en dos grupos. El plan se adoptó en el mismo momento de ser concebido. Dag y unos cuantos se quedarían en los acantilados, en tanto Rodgers, al frente del otro grupo, se internaría en la selva, en busca de un «papadu», o templo, ya abandonado por los indígenas. Cerca del pequeño templo, una simple choza de palma, confiaban encontrar los «lobong», los postes tallados y pintados por los indígenas. Dos, muy altos, y de aspecto más bello, para que los espíritus buenos se decidieran a tomarlos como residencia. Los otros dos, mucho más pequeños y feos, para los espíritus malos.

Los «mokes» nunca se atreverían a derribar uno de estos postes, ni siquiera a tocarlos, aunque aquella isla hubiese sido abandonada de largo tiempo. Y era en ese temor supersticioso donde Rodgers veía la clave del asunto que les ocupaba.

Apenas internáronse en la selva, Guy se detuvo y, dirigiéndose a la muchacha, preguntó:

—¿No sería mejor que usted se quedara con Dag?

—No —contestó Drida—. No tema que le resulte un estorbo. Si se presenta un momento malo, procuraré soportarlo como todos.

—De eso estoy bien seguro —manifestó él, descubriendo en el brillo de su mirada la admiración que sentía por aquella tenaz muchacha.

Y, como siempre que la veía con aquella indumentaria: la camisa

caqui, los pantalones cortos hasta la rodilla y el cabello revuelto, el recuerdo del instante en que la vio por primera vez, recién rescatada del mar, acudió a su mente.

Toa Hkun, el birmano arrancado de la horca por Dag Hebbe, se introducía en ese momento su bolita de opio.

—¿Estás seguro de que esta isla no la has visitado nunca? —preguntó Guy, dirigiéndose al birmano.

—No, Tuan. Los «mokes» nunca trabajan dónde están sus muertos.

Toa Hkun había estado por algún tiempo encargado de un grupo de nómadas del mar, dedicados a la pesca, cuyo producto ora primero para Dag Hebbe. Luego, al renunciar este a aquel negocio, para Ju Tsai. Pero el jefe chino se desprendió pronto del birmano.

—¿Por qué te despidió Ju Tsai? —solía preguntarle socarronamente Dag.

El birmano entonces sonreía enigmáticamente. Luego señalaba el sitio donde guardaba la pasta de opio, y enseguida la cabeza.

—Ju Tsai dice que no sirvo... Cabeza envenenada.

Nadie de los que formaban el grupo recordaba haber puesto los pies en aquella isla. Rodgers, en sus tiempos de «Tuan Rock», había pasado su trozo de vida en un islote cementerio. Pero aquello no tenía comparación con lo que ahora veían. A cada paso se encontraban con esqueletos, algunos fuera de los haces de caña. En torno a los huesos se veían pucheros, arpones, objetos del difunto. También trozos de barca. Ello daba a entender que el dueño de algún bote había sido sepultado con su embarcación, según tradición de los «mokes».

Se internaron en la selva, en busca del pequeño templo. Cada vez se sentían más seguros de que lo hallarían. En la tierra, en la vegetación encontraban las mismas huellas de otras islas, y esto les confortaba. Los «mokes» nunca se atreverían a internarse en esta isla. ¿Quiénes, pues, la habitaban o hacían incursiones en ella?

Aparte de Rodgers, había en el grupo otros seis hombres occidentales. Uno de ellos, muy joven, de aspecto nervioso. Los cinco hombres restantes, cada vez que se dirigían al joven, denotaban, bajo el tono familiar que empleaban, un aire de subordinación. En realidad, eran cinco soldados británicos a las órdenes del teniente Lund, el joven oficial que recibió su bautismo

de fuego en una pista del Estado de Joliore. La casualidad hizo entonces que determinado «turista», Guy Rodgers, le sacase del atolladero. Y era por aquello por lo que el teniente Lund solicitó de su superior el coronel Reed, acompañar a «Tuan Rock» en su expedición.

La marcha se hacía lentamente. La jungla presentaba sus dificultades. Pero es que, además, tres de los hombres llevaban una pesada carga: unos artefactos cuadrados, forrados de lona, y que, sujetos con tirantes, llevaban a la espalda. La tercera dificultad era el temor de que en cualquier momento surgiese una sorpresa. Se cuidaban tanto de la bala inesperada, como del testigo silencioso, que se limitase a seguirles y a observar.

A mediodía encontraron lo que buscaban. Allí estaban los cuatro «lobong» emergiendo de la tupida vegetación. Y las huellas de pisadas no muy viejas conducían a la especie de plazoleta que formaba el templete y los postes.

Antes que nada, Rodgers mandó a sus hombres que exploraran los alrededores. Solo después de convencerse de que nadie les observara, procedieron a examinar los postes, presionando en determinadas ranuras. Fue Drida quien encontró el resorte. Un grito de emoción se escapó de su garganta.

—¡Contiene opio! —exclamó.

Era la primera vez que les ocurría. Cuantas cajas habían abierto, las hallaron vacías. Ello no impidió que dejaran preparado el cepo.

Dos soldados se pusieron a cavar en el suelo. Toa Hkun, tras haber pedido permiso a Rodgers, metió la mano en la caja, cogió un puñado de lo que contenía y lo trasladó a su cartuchera.

El teniente Lund y dos de sus soldados se dedicaron, fusil en mano, a vigilar, trazando un ancho círculo. Hasta que por fin Rodgers dio la orden de marcha.

La furia del sol ya había disminuido mucho. Tan escasa era su luz, que en el regreso tuvieron que buscar los sitios donde la vegetación fuese menos espesa. El bochorno que había estado ahogándoles durante todo el día, aflojaba su dogal.

Un trallazo de fuego cayó sobre los árboles y enseguida se produjo un formidable estampido. Los árboles comenzaron a estremecerse, sacudidos por un fortísimo viento. La selva se llenó de mugidos. Las ramas de unos árboles batíanse con las de otros, en

una epiléptica esgrima. Y la metralla de lluvia gruesa comenzó a batir la techumbre verde...

Instintivamente, Guy y Drida se habían colocado juntos, uno al lado del otro. El grupo se dividió, cada cual buscando un refugio, pero sin separarse mucho unos de otros.

Por instantes todo se hacía más oscuro, y todo crepitaba bajo la lluvia torrencial. De vez en cuando, surgía la foto al magnesio de una selva espantada, sorprendida en sus lúbricas retorsiones por la luz de un relámpago.

—Y si el temporal dura, Rodgers... —murmuró Drida, por primera vez demostrando inquietud.

—Dag ya sabe que el yate es lo que importa, si ve que no regresamos antes que termine el día —contestó Guy, en tono despreocupado.

Pero no se sentía del todo tranquilo. Le inquietaba que lo ocurrido aquella mañana entre Sylvia y Dag, fuese un obstáculo para que los nervios de Hebbe respondieran como el momento requería.

* * *

Antes de abandonar la selva ya les advirtió el tiroteo. Rodgers se dio cuenta enseguida de lo que ocurría. Mandó desplegar a su gente, y en vez de salir directos a los acantilados, avanzaron en forma de herradura hacia la bahía.

No dispararon hasta hallarse encima de las embarcaciones. Faltaban dos terceras partes de las que había allí por la mañana. Las demás debían de ser las que rodeaban el yate. Un cerco de fogonazos se había formado en torno a la nave.

En lo alto, un cielo limpiísimo de fulgentes estrellas; una sensación de paz, sin huellas de nubes. Algo que desconcertaba, como si las infernales furias desatadas unas horas antes hubiesen sido cosa de pesadilla y no hubieran resbalado sobre aquella pista ahora incólume.

En dos embarcaciones «mokes» pareció que les estuviesen esperando, y contestaron el fuego tan pronto Rodgers dio orden de disparar. Rociadas de balas silbaron sobre las cabezas de los británicos.

Por orden de Guy, el birmano Toa Hkun se había quedado rezagado con Drida. La muchacha quería tomar parte en la refriega, pero el asiático la cogió suavemente de una muñeca.

—Tuan se desenvolverá mejor sin *mem*³ —dijo.

Drida tuvo que resignarse a presenciar desde las rocas aquel aturdimiento de disparos y luces, sin saber a dónde dirigir su atención. Tan pronto era en el yate como en el embarcadero donde los fogonazos surgían con mayor intensidad.

Toa Hkun permanecía tranquilo. Sabía que tenía una cartuchera repleta de opio. Tumbado sobre las rocas, con la mirada avivada por la bolita de droga, miraba hacia el embarcadero, con el fusil apoyado en las piedras. Y de pronto, apretó el gatillo. Surgió el fogonazo, se oyó un alarido y el golpe sordo de un hombre que cae contra las rocas.

—¿Qué ha sido, Toa Hkun? —preguntó la joven, que en ese momento miraba hacia el yate.

—Nada, *mem*. Tal vez un engaño. Toa Hkun tiene la vista floja.

Antes de que amaneciera, en el embarcadero la cosa ya estaba decidida. Drida quiso ir allí, pero el birmano no la dejó.

—Esperemos el día...

Al romper el día, una lancha vino hacia ellos. En la proa se hallaba Guy, con la mano izquierda vendada y en la otra el fusil ametrallador. El birmano y la muchacha se pusieron en pie, para hacerse visibles. Rodgers saludó, agitando la mano que empuñaba el fusil.

Al disponerse a bajar del acantilado, la muchacha lanzó un grito. Sus pies acababan de tropezar con un cadáver. No hacía mucho que había expirado. Era, sin duda, el que había alcanzado el fusil de Toa Hkun.

—No lo mire —le aconsejó Guy, cuando estuvo a su lado.

Pero la muchacha no apartaba los ojos del muerto.

—¿Sabe, Rodgers?... Pertenecía a la tripulación de mí padre. ¡Es uno de los que causaron su muerte!

—Lo sé —respondió Guy—. A bordo le aguardan otras sorpresas...

Lo que primero supo Drida, ya en el yate, es que había un huésped «distinguido»: Ju Tsai. Él y un puñado de hombres habían intentado adueñarse de la embarcación. Lo hubieran conseguido, de

no hallarse alerta los de a bordo, y de no desconcertarles el tiroteo promovido por Rogers y el pelotón del teniente Lund, en el embarcadero.

Aparte de Ju Tsai, había otros tres prisioneros. A uno de ellos lo reconoció Drida.

—Había más gente —explicó Guy—. Ju Tsai nos está siguiendo desde hace días. Algunos de sus hombres se han metido isla adentro... Ya veremos qué ocurre.

Y Rodgers, esbozando una enigmática sonrisa, se fue en busca de Hebbe. Lo halló en su camarote, despeinado, todavía en el rostro la huella de la lucha que acababa de sostener. Escuchaba al chino, quien más que disculparse, parecía aprovechar el momento para revelar su odio de raza.

—...Hemos hecho negocios juntos, señor Hebbe. Ju Tsai se encuentra en un apuro y confía que el amigo occidental le librará de él. Tuve que salir de Siam porque aquello se ponía incómodo. El yate nos engañó. Creíamos que era un camuflaje británico, que venía a sorprendernos.

—Y así es en realidad —respondió Dag—. Este es un barco británico. Vas a tener que dar muchas explicaciones, Ju Tsai.

El chino hizo un leve encogimiento de hombros.

—De todas formas —dijo, sonriendo— nada se conseguirá. Si Ju Tsai desaparece, otros seguirán. ¿Qué queréis evitar? ¿El tráfico de armas? Oriente pone el cebo: oro, o drogas. Y Occidente acude. Otros seguirán.

—Pero no en las islas de Mergui por el sistema del «lobong» —intervino Guy, en el preciso instante en que a lo lejos se oía una formidable explosión—. ¿Oyes eso, Ju Tsai? Son el resto de tu pandilla que han ido al templete para tal vez llevarse tu depósito de opio... Había cargas combinadas con el resorte de la caja.

Tras un breve silencio, Ju Tsai dijo, sin perder la sonrisa:

—Muy ingenioso, pero inútil. Hay centenares de «lobong» en estas islas. Los contrabandistas los utilizan como punto de cita, pero solo en las horas en que se ha de efectuar el «trueque». ¿Pretenden ustedes llegar a tiempo en todos?

—No —respondió Rodgers—. Pero tal vez sí, si el resorte conectado no falla. ¿Desde cuándo nos sigues, Ju Tsai? Habrás podido darte cuenta que hemos pisado muchas islas. Si el resorte no

falla, cada «lobong» que nosotros hemos tocado emitirá sus ondas, señalando su posición, en el momento en que lo toque alguien. Lanchas rápidas acudirán a la llamada. Y me temo que resulte pintoresca la forma en que se desarrolle entonces el trato entre Oriente y Occidente.

Ju Tsai era demasiado pálido de natural para que se notara el efecto de lo que acababa de decir Rodgers. Tan solo dejó entrever un temblor de labios.

Momentos después, Guy y Dag quedaban solos.

—¿Y Silvia? —preguntó el periodista.

Hebbe desvió la mirada, sin responder.

—Debía usted ir a verla —aconsejó el periodista—. Estas horas habrán hecho mucho efecto en ella. Quizá sea el momento decisivo.

—Durante el tiroteo la he oído gritar —dijo sordamente Dag—, pero he impedido que nadie le hiciera caso.

Llamaron a la puerta. Entró Drida. Venía muy alterada.

—¡Señor Hebbe! ¿Por qué no va a ver a Sylvia? ¡Le necesita! ¡Está herida!

—¿Qué? —saltó Dag, intensamente pálido.

Momentos después, Guy y la muchacha quedaban solos.

—Parece que disparó contra sí, en un momento de pánico —dijo la joven.

Rodgers lo sabía, pero no dijo nada. Disimuló una sonrisa irónica. Sabía la trayectoria de aquella bala de pequeño calibre. Una trayectoria estudiada, inofensiva. Quizá fue cosa de la casualidad. Pero Rodgers creía conocer demasiado a Sylvia. A Sylvia y a todas las mujeres.

Menos a una. Precisamente la única que le importaba.

—Lo que queda por hacer —dijo Guy, como si pensara en voz alta— ya es cosa del ejército. Nuestra misión puede darse por terminada. Dentro de poco regresaremos a Singapur y... cada uno por su lado.

—Sí —respondió la muchacha.

Permanecieron callados unos momentos.

—Pero en Singapur tendrá usted que saldar una deuda —agregó Rodgers.

—¿Cuál?

—He de escribir los reportajes que a petición suya quedaron en

suspenso.

La muchacha se echó a reír.

—Eso no tiene importancia. Si usted es tan activo para escribir como para actuar, esa deuda quedará pronto saldada.

—No lo crea...

Iba a agregar que no pensaba terminar los reportajes hasta conseguir que ella estuviese enamorada de él como él lo estaba de ella. Pero como no la conocía «a fondo», se calló, por miedo a molestarla.

Si hubiera hablado y ella hubiese querido contestar con sinceridad, la respuesta habría sido que eran innecesarios los reportajes si no tenían más motivo que el que ella se enamorara de él, porque eso, ya hacía tiempo que había ocurrido.

FIN

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

875 — Carlos de Santander
TE OFRECI MI CARINO

COLEC. "MADREPERLA"

771 — Corín Tellado
DEJAME ADORARTE,
ISABEL

COLECCION "ROSAURA"

715 — Jesús Navarro
DOCE CAMPANADAS

COLECCION "AMAPOLA"

602 — María Teresa Sesé
BAILE EN LA OPERA

COLECCION "ALONDRA"

536 — Bautista Lacasa
...Y LLEGO LA AURORA

COLECCION "CAMELIA"

477 — Mercedes Muntó
LILIANNE

COLECCION "CORAL"

180 — Corín Tellado
NEREYDA

COLECCION "CORAL"

271 — Corín Tellado
EL MATRIMONIO DE GREY

COLECCION "CORAL"

24 — Corín Tellado
EL DESTINO MANDA

COLECCION "BISONTE"

816 — Joe Sheridan
LA HERMANA
DEL PISTOLERO

Col. "SERVICIO SECRETO"

680 — Frank Lewis
CRIMEN EN EL CIRCO

COLECCION "BIFALO"

513 — M. Lafuente Escudella
HISTORIA DE UN
DOLAR DE PLATA

COLECCION "CALIFORNIA"

360 — M. Lafuente Escudella
RASTREADOR
INCANSABLE

COLECCION "TEXAS"

381 — M. Lafuente Escudella
UN SOLO LIBRO

COLECCION "COLORADO"

305 — Keith Luger
LA OVEJA DE ORO

COLECCION "KANSAS"

271 — John Lack
EL TREN DE LAS
SEIS Y CUARTO

COLEC. "BRAVO OESTE"

135 — M. Lafuente Escudella
AMBICION FUNESTA

COL. "SELECCIONES S. A."

47 — A. Rolcest
LA ISLA DE LOS MUERTOS

COL. "ASES DEL OESTE"

223 — Fidel Prado
UN EQUIPO EN
VACACIONES

Col. "HEROES DEL OESTE"

253 — M. Lafuente Escudella
ABILENE MURDER

COLEC. "PUNTO ROJO"

69 — Burtas Hays
A CAMPO MUERTO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los títulos siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfense Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 123 - ASUN-
CION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegúa, 336
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

veterano
tiene eso
un veterano
sabor



VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 • BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

- ¹ Tuan: vocablo malayo equivalente a señor Rock; roca, en inglés
- ² Siam, o Thailandia, nombre actual cuyo significado es: país de los hombres libres.
- ³ La señora.